

EL SENTIDO COMUN.

ENSAYO DE EXPLICACION FISIOLÓGICA.

Se llama sentido comun ese conjunto de sentimientos y de ideas que se encuentran en todos los hombres, y que les sirven para dirigirse, para juzgar sus acciones ó las de los otros. Nos proponemos estudiar rápidamente el origen del sentido comun, las diversas maneras de manifestarse en el hombre y en los séres, su desenvolvimiento, y por último, las perturbaciones que ofrece.

I

Origen del sentido comun.

Las últimas investigaciones sobre la fisiología del cerebro, parecen haber probado que nuestras acciones no son mas que la última fase de un proceso fisiológico, cuya primer fase es una excitacion del mundo exterior sobre los órganos de nuestros sentidos. Segun M. Luys, la excitacion recibida por los nervios periféricos, se traslada á los centros del tálamo óptico; de ahí es enviada á las regiones sub-meníngicas de la sustancia gris cortical, desciende enseguida á las zonas de células situadas por debajo de las primeras, y por último, á aquellas que componen la parte interna de la sustancia cortical, y despues de haber puesto en actividad una parte más ó ménos grande de esta sustancia, despues de haber chocado con el recuerdo, la huella dejada por las excitaciones precedentes, la excitacion desciende á los cuerpos estriados, y se expide, en fin, al exterior, bajo forma de fenómenos de la motricidad voluntaria.

La série de fenómenos fisiológicos que se verifican en la sustancia gris cortical, va acompañada de otra série de fenómenos, unidos constantemente á los primeros, y que están bajo su

dependencia; es la série de los fenómenos mentales: los fenómenos de la sensibilidad acompañan al ejercicio de las pequeñas células de la sustancia cortical, los fenómenos de la sensibilidad acompañan al ejercicio de las células medias, los fenómenos de la volicion acompañan al ejercicio de las grandes células.

Es evidente, para todo el que admita esta teoría, que organismos semejantes, colocados en medios idénticos, recibirán excitaciones semejantes, y en virtud de estas excitaciones resistirán todos de la misma manera, es decir, llevarán á cabo los mismos actos. Los procesos fisiológicos serán enteramente semejantes, desde el comienzo hasta el fin, puesto que todas las condiciones, en las cuales se producen, son parecidas. Es verdad tambien, puesto que los fenómenos mentales están siempre en los séres dotados de conciencia, bajo la dependencia de los fenómenos fisiológicos, y están íntimamente ligados á éstos, que á procesos mentales semejantes acompañarán procesos fisiológicos idénticos.

Resulta de ahí, que si todos los hombres fuesen perfectamente iguales entre sí en todas las partes de su cuerpo, y si estuviesen colocados en condiciones de existencia idénticas, las excitaciones exteriores serian las mismas para todos, los procesos fisiológicos se cumplirian en todos ellos de la misma manera, ejecutarian las mismas acciones; en todos ellos, en fin, los fenómenos de sensibilidad, de inteligencia y de voluntad, serian perfectamente iguales.

No sucede así: no existen dos hombres cuya conformacion sea perfectamente idéntica; no existen dos hombres cuyas condiciones de existencia sean absolutamente las mismas; no es posible encontrar, por lo mismo, dos hombres que tengan enteramente las mismas sensaciones, los mismos sentimientos, las mismas ideas, la misma voluntad. Pero si los hombres difieren todos en algo, los unos de los otros, guardan tambien entre sí numerosos puntos de semejanza: todos los órganos están hechos poco más ó ménos de la misma manera y están dispuestos de un modo

parecido; del mismo modo las condiciones de existencia de todos los hombres son semejantes en muchos puntos, están todos sometidos á las mismas necesidades físicas, todos ó casi todos viven en casas, casi todos se hallan confundidos en la vida de familia, en la vida social, etc., etc.; en fin, las condiciones de existencia más diferentes, se parecen siempre bajo muchos aspectos.

Haremos notar aquí que la semejanza en los organismos proviene de semejanzas de los medios y corresponden á estas semejanzas; es un efecto de la adaptación de los organismos á sus medios. Supongamos dos organismos enteramente iguales. Mientras estén colocados en las mismas condiciones de existencia, permanecerán iguales, pero si algunas de las condiciones de existencia empiezan á variar para algunos de ellos, éste se adaptará en algunas de sus partes á las nuevas condiciones que se le dan; por el hecho de la adaptación correlativa, las otras partes del organismo pueden variar también, pero ejerciendo siempre las mismas funciones, no dejarán de parecerse á las partes correspondientes del otro organismo. Las partes de los dos organismos, que por el contrario están sometidas á influencias del todo diferentes, podrán diferir considerablemente.

El conjunto de influencias á las cuales están sometidos los diversos cerebros humanos, siendo semejantes entre sí en muchos puntos, guardando los cerebros entre sí mucha semejanza, resultará de aquí que entre todas las excitaciones hechas por los diversos medios sobre los distintos cerebros humanos por medio de los nervios, habrá muchas semejantes, y como la semejanza de los organismos corresponde precisamente á las semejanzas de los medios que los impresionan, resultará de aquí que á estas excitaciones semejantes seguirán procesos fisiológicos semejantes. Por consiguiente, los hombres presentarán todos ciertos procesos mentales semejantes, es decir, que tendrán en común ciertas sensaciones, ciertos sentimientos, ciertas ideas, ciertas voliciones. Este conjunto de sentimientos y de ideas que poseen en general todos los hombres, es lo que se llama sentido común. El origen del sentido común se encuentra, pues, en la semejanza de los organismos y de los medios en que viven estos organismos.

Ejemplo: uno de los sentimientos que compo-

nen el sentido común, es el sentimiento de la conservación; el hombre que no lo tuviera sería acusado de falta de sentido común. Ahora bien; si este sentimiento se encuentra en todos los seres conscientes, es que todos los seres conscientes tienen esto de semejante: su sistema nervioso puede ser impresionado por los objetos que los dañan y reacciona á fin de evitar estos objetos. El mismo sentimiento de conservación se encontrará, pues, en todos los seres conscientes y formará parte del sentido común.

Es de notar que los sentimientos y las ideas que componen el sentido común, no son absolutamente iguales en todos los hombres que las poseen. Esto consiste en que los procesos fisiológicos que las producen, aunque se parecen en todos los hombres, no son exactamente iguales. En efecto, una excitación semejante producida sobre diversos organismos, entra en conflicto, durante un proceso con las huellas de las excitaciones anteriores; siendo estas excitaciones más ó menos diferentes, resultan de aquí diferencias más ó menos grandes en los procesos fisiológicos, y por consecuencia en los fenómenos mentales, es decir, en los sentimientos, las ideas y las voliciones.

II

Manifestaciones diversas y desenvolvimiento del sentido común.

Se llama sentido común, hemos dicho, un conjunto de sentimientos ó de ideas que se encuentran en todos los hombres. Mas, en los animales, podemos observar una cosa análoga: ciertos sentimientos son comunes á todos los animales, otros son comunes á muchos de ellos. El sentimiento de la conservación, de que ya hemos hablado, se encuentra en todos los hombres y en todos los animales; el amor á la prole se encuentra en todos los individuos de ciertas especies, etc. Nos parece, pues, legítimo atribuir el sentido común á los animales; siendo también aquí el sentido común un conjunto de sentimientos que se encuentran en un gran número de individuos y que les sirven para dirigir su voluntad. El sentido común puede, pues, en nuestro sentir, ser legítimamente atribuido á todas las especies de seres que tienen sentimientos, es decir, á todas las especies de seres dotados de conciencia.

Si se considera la conciencia como el lado subjetivo de un hecho cuyo lado objetivo es un movimiento, el sentido comun será el lado subjetivo de un hecho, cuyo lado objetivo consistirá en reacciones semejantes efectuadas por cuerpos semejantes y de un modo semejante impresionados.

Es de notar entonces que el lado objetivo correspondiente á los sentimientos subjetivos que componen el sentido comun en el hombre y en los animales, se encuentra en todas las reacciones producidas por cuerpos semejantes sometidos á excitaciones semejantes, por ejemplo, en las combinaciones químicas, etc.—Dos organismos semejantes, recibiendo excitaciones semejantes reaccionan de un modo semejante. Igualmente, dos cuerpos semejantes puestos en contacto con otros dos cuerpos semejantes é impresionados de la misma manera por estos cuerpos, reaccionan tambien de la misma manera; así, dos pedazos de hierro, puestos en contacto con el ácido azótico disuelto en agua darán los dos, bioxido de azoe y azofato de hierro. En todo caso, tenemos, pues, reacciones semejantes efectuadas por cuerpos semejantes, sometidos á influencias semejantes; no es posible atribuir el sentido comun á los cuerpos inorgánicos puesto que los cuerpos inorgánicos no están dotados de conciencia, y el sentido comun es un conjunto de hechos de conciencia; pero no es ménos cierto que hay analogía entre las reacciones efectuadas por cuerpos inorgánicos semejantes sometidos á las mismas influencias.

La primera aparicion del sentido comun data, sin duda ninguna, del instante en que dos organismos conscientes existieron á un mismo tiempo sobre la tierra. Todos los seres conscientes tienen entre sí semejanzas morfológicas y fisiológicas, tienen todos un sistema nervioso, un aparato digestivo, etc. Todos son sensibles, todos tienen necesidad de alimento, etc. Es lógico deducir de esta semejanza morfológica y fisiológica, presentada por los seres conscientes, semejanza en los fenómenos mentales de estos mismos seres; estas semejanzas constituyen el sentido comun.

Cuando empezó á aparecer el sentido comun, era evidentemente muy poco complejo, el conjunto de sentimientos que lo componian no era todavía muy grande; pero á medida que los organismos se perfeccionaron, nuevos sentidos,

nuevas facultades aparecieron, se añadieron nuevas necesidades á las otras, los sentimientos fueron más numerosos, los sentimientos comunes á varios seres fueron por consecuencia más numerosos tambien, y el sentido comun se hizo cada vez más rico, al ménos entre los animales más perfeccionados. Es de notar que cada nueva especie que se formaba con nuevos caracteres que no pertenecian más que á ella, debia tener tambien nuevas necesidades, nuevos sentimientos; por consiguiente, una nueva forma del sentido comun.

Habrà, pues, distintos sentidos comunes puesto que cada especie tiene su sentido comun particular. Pero en una misma especie, al ménos en las más elevadas, tambien encontramos varias formas de sentido comun; examinemos por ejemplo lo que acontece en la especie humana. Un hombre cualquiera tiene un gran número de sentimientos ó de ideas. Algunos de estos sentimientos y algunas de estas ideas le pertenecen á él solo; las otras le son comunes con las gentes que viven cerca de él, que están sometidas á las mismas condiciones de existencia, que forman parte de la misma familia, que ejercen la misma profesion.—Un cierto número de ideas que son comunes á estos individuos no pertenecen más que á ellos solos, otras les son comunes con los individuos, cuya manera de vivir se aproxima más á la suya, con sus compatriotas, sus correligionarios. Algunas ideas comunes á este grupo de individuos aun no les pertenecen más que á ellos, otras les son comunes con aquellos que habitan la misma parte del mundo, que profesan religiones que se parecen á la suya; por último, algunos sentimientos son comunes á todos los hombres.—Observemos que las influencias semejantes, á las cuales están sometidas los individuos, hacen nacer los sentimientos semejantes; así los individuos que ejercen la misma profesion, aquellos que practican la misma religion, aquellos que habitan una misma patria, tienen un conjunto de ideas y de sentimientos comunes que no pertenecen más que á ellos en general. Se podria distinguir, por tanto, el sentido comun de la profesion, el sentido comun de la patria, de la religion, de la humanidad. Esta distincion claro está que no es de una exactitud rigurosa, pero me parece en general verdadera.

El sentido comun entre los seres es tanto más extenso, cuantos más caracteres de semejanza

ofrecen, ó cuanto más se parecen los medios en que viven. Por el contrario, es ménos extenso cuando los individuos están sometidos á influencias muy diferentes, y difieren ellos mismos por su constitucion. Por ejemplo, habrá más sentimientos comunes entre dos franceses, que entre un francés y un inglés, y entre un francés y un inglés, que entre un francés y un hotentote. Entre los dos franceses hay, en efecto, los sentimientos comunes á dos individuos de la misma patria, de la misma religion, hablando el mismo idioma, etc.; entre un francés y un inglés, los sentimientos comunes á individuos que habitan naciones vecinas, que profesan religiones parecidas y afines, pero que no son idénticas, etc.; entre un francés y un hotentote, no hay apenas de comun mas que los sentimientos que se encuentran en todos los hombres.

III

Alteraciones del sentido comun.

Ciertas personas están más ó ménos privadas del sentido comun, es decir, que al recibir ciertas excitaciones, son impresionadas, merced á una conformacion particular, accidental ó continua de sus órganos, de otra manera que la mayor parte de las demás personas. Se observa en ellas cierta rareza en los sentimientos, las ideas, las palabras y los actos. Estas alteraciones del sentido comun son conocidos con los nombres de locuras, demencia, originalidad, etc.

La originalidad es la falta de sentido comun sobre puntos poco numerosos ó poco importantes; la demencia, es la debilidad, más bien que la extravagancia de los sentimientos y de las ideas; la locura es la falta de sentido comun sobre los puntos más generalmente adoptados entre los hombres. Es, por lo demás, imposible trazar una línea de separacion fija entre las gentes de sentido comun y los originales, los originales y los locos. Todo hombre, en efecto, se aleja sobre algunos puntos de la manera de ver de los otros hombres; segun que estos puntos sean más ó ménos numerosos, segun que la manera como los mire difiera más ó ménos de la manera comun, será reputado hombre de buen sentido, original ó loco; pero el límite rigoroso entre estos diferentes estados del espíritu, no es posible trazarlo.

La originalidad, la locura y la demencia, pueden tener por causa, ya una disposicion hereditaria de ciertos órganos, ya una vida distinta de la de los demás hombres; la locura y la demencia, son, además, producidas con frecuencia por lesiones del cerebro.

Se pueden distinguir dos principales clases de originalidad, la primera que consiste en un más grande perfeccionamiento del órgano cerebral; la otra, que consiste probablemente en ligeras anomalías en la constitucion íntima de este mismo órgano. Estas dos clases de originalidad se encuentran frecuentemente en el mismo individuo, la segunda se encuentra más frecuentemente sin la primera; es muy raro encontrar la primera sin la segunda. La primera forma de la originalidad consiste en que un organismo es, bajo ciertos aspectos, en un momento dado, lo que serán más tarde los organismos de la misma especie que el suyo. Bajo la influencia de ciertas existencias reacciona de una manera más perfecta que los otros organismos contemporáneos; reacciona como reaccionarán más tarde los organismos de la misma especie; se adelanta á su siglo. Esta originalidad es la de todos los grandes hombres, de todos los grandes inventores, es la buena originalidad, la originalidad útil; contribuye poderosamente á adelantar el progreso intelectual ó á acrecer el bienestar de la humanidad. No cabe duda de que las grandes ideas emitidas por los hombres de que hablamos, hubieran sido halladas por otros al cabo de un tiempo más ó ménos largo, pero durante todo este tiempo, el mundo estaría privado de sus efectos. Por el contrario, una vez emitida una nueva idea por un hombre, se cambia á consecuencia de ella el medio en que viven los hombres; se producen nuevas impresiones sobre sus órganos, nuevos sentimientos, nuevas ideas, nuevas acciones siguen á estas nuevas impresiones, y cuando la idea emitida es verdaderamente buena, puede en alto grado contribuir al bien de la humanidad.

Haremos observar que la originalidad que se deriva de un perfeccionamiento mayor del organismo, puede, sin embargo, tener inconvenientes, ya para el individuo que la posee, ya para la humanidad. Es bueno adelantarse á su siglo, pero es preciso no adelantarse mucho; la muerte de los hombres de génio ha sido en general bastante desgraciada, cuando los demás

hombres no habían llegado todavía á un desenvolvimiento suficiente para comprenderlos, lo mejor que ha podido sucederles ha sido el pasar por locos y excitar la risa de sus contemporáneos.

La emision prematura de ciertas ideas puede, además, ser funesta á la sociedad, aun cuando la idea sea buena; una idea no puede triunfar sino cuando se acepta por un número suficiente de individuos; y eso exige un cierto desenvolvimiento de la inteligencia media de la sociedad, y además ciertas circunstancias favorables. Si la idea se produce antes que el desenvolvimiento suficiente haya sido alcanzado y en circunstancia poco favorable, ocasionará luchas, conflictos, y concluirá por ser rechazada, provocando una reaccion en sentido inverso pronta á reaparecer más tarde con más fuerza y á triunfar entonces si las circunstancias han cambiado. Para no citar más que un ejemplo en apoyo de lo que decimos, algunas de las ideas que la revolucion francesa ha hecho triunfar en 1789, son las mismas que han ocasionado la Jacquerie en 1357. ¿Por qué no han triunfado entonces? Porque la mayor parte de los espíritus no estaban preparados para recibirlos; porque el feudalismo era todavía demasiado fuerte.

La segunda especie de originalidad cuando no se junta á la primera, hace hombres perniciosos ó insoportables; perniciosos cuando la extravagancia de su conformacion desenvuelve en ellos los malos instintos, sobre todo cuando estos hombres ocupan un rango elevado en la sociedad (por ejemplo, ciertos emperadores romanos), insoportables ó al ménos desagradables, cuando su originalidad no toca mas que á aspectos poco importantes del carácter.

No diremos sino muy pocas palabras sobre la locura y la demencia; los locos se alejan más y más del sentido comun; en ellos no sólo los sentimientos y las ideas sino tambien las sensaciones difieren de las de la mayor parte de los hombres. El sentido comun puede hallarse así completamente aniquilado; esta diferencia entre los fenómenos mentales de los locos y los de los otros hombres, procede siempre de una diferencia en sus órganos, ya sea esta diferencia producida por la herencia y la adaptacion ó por una lesion accidental.

FEDERICO PAULHAN.

Trad. de A. P. V.

LA ECONOMÍA POLÍTICA CRISTIANA.

¿Por qué la Economía política no ocupa todavía un lugar entre las ciencias que los moralistas católicos aceptan é investigan? ¿Débese tal vez á su reciente creacion, á la novedad de los principios que proclama, ó existe en las profundidades de su doctrina señales ciertas de antagonismo con aquella moral?

No puede dudarse de la hostilidad con que la Teología acogió los primeros vagidos de esta ciencia al nacer y desprenderse en el siglo pasado de la Filosofía, el Derecho, y la Política donde por largo tiempo se hallara encerrada y en germen. La hostilidad no ha desaparecido, pero la Teología, adoptando un acuerdo propio de hábil y experimentado campeón, se ha introducido en el campo de la ciencia económica con el disfraz más adecuado. Titulóse para ello *Economía política cristiana*. Bien se echará de ver que una vez en el recinto de esta ciencia no habrá dejado de aprovechar su afortunada situacion para herirla, asenderearla y escarnecerla minando y socavando sus cimientos. El trabajo hubiera sido fácil y de éxito seguro si la lógica y el buen sentido no se revelasen contra esa tergiversacion y menosprecio de las esenciales condiciones que integran toda ciencia. La poderosa fuerza de absorcion que la Teología ha empleado para aprisionar los esfuerzos del pensamiento humano y uncirlo, como en la Edad Media, á su carró triunfante, ha fracasado en esta como en todas las demás esferas del progreso intelectual. Pero aun con eso, precisa que observemos por qué caminos han pretendido algunos teólogos construir una Economía política que sirviese de apéndice ó acotacion á la Summa teológica, una Economía devota de los Concilios y los Santos Padres.

Llevando sus miradas al órden de la produccion y siendo el trabajo el elemento más fecundo de la riqueza, comienzan tratando de demostrar que su estímulo más poderoso tiene raíz en la conciencia, porque la ley moral proscribela vicio de la ociosidad. Para esto necesitan declarar insuficiente el estímulo del interés personal y así lo hacen presentando ejemplos de obreros que prefieren vivir y morir en la miseria á disfrutar mayores comodidades por medio de un

trabajo constante y bien ejecutado (1). La moral no sólo conserva las fuerzas y desenvuelve la energía del hombre, sino que reprueba los fraudes en la confección de los artículos fabricados y asegura también á los obreros un salario equitativo.

No influye con resultados ménos felices en la distribución de las riquezas. La probidad es la base de las transacciones mercantiles y facilita y multiplica extremadamente los cambios, manteniendo perenne de riqueza. El crédito, que es en el día la palanca formidable con que el hombre somete á la Naturaleza para el cumplimiento de sus fines y conquista sus más preciados secretos, tiene por sosten la confianza. Las condiciones de moralidad se exigen, pues, indefectiblemente para una acertada y fecunda distribución de la riqueza.

Pero si esto es así en la distribución de las riquezas, ¿cuánto mayor y benéfica no será su acción sobre el consumo? La moral determina con rigurosa exactitud los gastos que deben considerarse legítimos y proscribidos los que son funestos para el desarrollo de la riqueza. Las privaciones que la Religión impone á sus fieles, aunque basadas en objeto más elevado, redundan en beneficio y aumento de los intereses económicos. La Iglesia ha censurado el lujo desenfrenado de los grandes, y merced á su influencia se han contenido sus dispendiosas prodigalidades. La Iglesia predicando la moderación á todos fomenta y estimula el ahorro, origen del capital.

Con presencia de tales datos pretende la Teología, que la ciencia económica se le subordine y recoja y beba su inspiración en las remolinadas corrientes de la filosofía escolástica. No han sido jamás los teólogos ni parcos ni mesurados en pretender; así que tan sólo han tocado al logro de sus deseos en un breve y fugaz momento de la historia, aquel en que el poder clerical representaba la única fuerza moral de la Europa é imprimía su soberana voluntad á la sociedad que se agrupaba en torno suyo, al modo que el espíritu gobierna y avasalla á la materia. Mas cosas por demás diferentes son el papel que la Iglesia ha sido llamada á representar en los tiempos medios por virtud de circunstancias muy

claras de comprender, y el que la recta razón debe asignarla en los actuales. Si en otra época velaba como inspectora sobre la producción, distribución y consumo de las riquezas, debe resignarse en el día á presenciarse como simple espectadora los mágicos resultados del trabajo humano. Que no por desempeñar un solo papel en la vida, el que le corresponde, dejará éste de ser el más grande y principal.

Pero indagemos, si es posible, la existencia de una Economía política cristiana, á diferencia, y hasta en oposición á una Economía profana. Desde luego nos ocurre que lo profano y lo sagrado no son términos aplicables á la ciencia, la cual deduce, recoge y acumula verdades, sin curarse para nada de si estas verdades son cristianas ó gentílicas. Toda ciencia no es más que un conjunto de conocimientos organizados, sistematizados, y los conocimientos se organizan por el método. Cuando á una serie de conocimientos, deducidos inmediatamente de la razón ó de la experiencia, se les aplica una forma, y esta forma es científica, es decir, se ajusta á los preceptos de la lógica, entonces puede decirse que se ha constituido una ciencia. «Una ciencia, escribe Jouffroy, está constituida cuando se han fijado su objeto, sus límites y su método.» Tal es lo que ha tenido lugar con la Economía y á su tenor con todas las demás ciencias. Se ha observado un orden de fenómenos que coinciden en varios ó en muchos puntos, se han relacionado estos fenómenos con sus causas, se han deducido leyes generales, se ha analizado, se ha sintetizado, se ha clasificado y se ha constituido, por fin, la ciencia. ¿Qué tiene todo esto que ver con el cristianismo? Mas advierten los economistas teólogos, las relaciones económicas muy presto se extravían y degeneran, si no marchan con beneplácito de la moral y de la religión. Así es, la Economía política necesita de la religión, pero también necesita del Derecho, del Arte y de las ciencias físico-matemáticas, sin que exista por eso una Economía política jurídica, otra artística y otra física ó matemática. Si admitiésemos una Economía cristiana, ¿por qué no habíamos de aceptar otra mahometana ó bramánica? Y aún dentro del cristianismo, ¿por qué no reconocer una católica, otra protestante y otra cismática griega? A tan grandes absurdos nos llevaría la lógica, si no supiésemos resistir el torrente invasor de la Teología.

(1) M. L'abbé Corbiere.—L'Economie sociale au point de vue chrétien.

No es moderno el achaque de perseguir el fin moral como el objeto supremo de toda ciencia y arte. En este principalmente, ha criado tan profundas raíces la preocupación, que con ser tantos y tan ilustres los estéticos que la han combatido, sigue esclavizando el criterio artístico de la mayor parte de nuestro público. Todavía se niega mucha gente á entender, que el fin supremo del Arte es crear belleza, siendo la moral en esta esfera cosa accesoria y subordinada. La Economía política es la ciencia de las leyes que presiden á la produccion, distribucion y consumo de la riqueza. Esto basta para concebir que la Economía, no es, por concepto alguno, un capítulo de la ciencia moral. No queremos decir que exista oposicion ó desacuerdo entre una y otra, pues sus linderos, aunque deban distinguirse, no está bien que se separen. Cumplir el fin económico, no es cumplir el fin moral; mas para procurarnos aquél, es menester que empleemos medios morales, así como para perseguir y alcanzar cualquier otro fin de la existencia. Admitimos, pues, con los teólogos la accion simultánea de la moral y la economía; pero establecemos la diferencia de que para éstos, la esfera económica es un medio como todos los demás de llegar al fin moral, mientras para nosotros es la moral un auxiliar que presta su concurso al cumplimiento de las leyes económicas.

Las relaciones económicas todas se fundan en el interés personal. Es el interés personal el poderoso motor de su complicado mecanismo, y á la par el inmenso volante que regula sus movimientos.

Aunque en tan breves renglones no nos sea dable hacer un análisis del interés personal, observaremos que está considerado por los filósofos como uno de los móviles ó motivos de la voluntad. La voluntad humana se determina á obrar solicitada por motivos, entre los cuales puede elegir, para que siempre quede á salvo su libertad. Los filósofos escoceses, hábiles analíticos, han establecido una clasificacion de móviles que es la más generalmente admitida por los psicólogos: "Nos vemos, dice Dugald Stewart, solicitados para proceder, por nuestros instintos, apetitos, afectos y pasiones, y por los motivos racionales de toda accion (1)." Para

(1) *Bosquejos de filosofía moral.*

Dugald Stewart dichos motivos racionales son el interés bien entendido y el deber.

Así, cuando cedemos á un violento deseo de venganza y herimos á un semejante, sucumbimos á la pasion: si reprimimos tal deseo por los peligros ó los males que puede acarrearlos, privándonos para lo sucesivo de placeres más considerables, cedemos al interés bien entendido; pero si nos abstenemos de esta accion, por motivos humanitarios, por caridad ó por el horror que nos inspira su injusticia, entonces cedemos al deber. Es el interés, por tanto, un móvil del entendimiento, el cual, antes de que la voluntad se determine, reflexiona y medita las ventajas ó inconvenientes de la accion, oponiendo al placer presente el dolor futuro y viceversa. Y no es posible referir estas reflexiones, segun pretenden algunos á la sensibilidad, como si fueran instintos, afectos, apetitos y pasiones, sino á la inteligencia.

Siendo el interés uno de los datos ó elementos de la conciencia, bien se comprende que no es posible eliminarlo de las relaciones de la vida, porque seria mutilarla. Antes bien, es necesario reconocer su capital importancia, y recabar de su accion cuanto fuese á propósito para la consecucion de nuestros fines. Pero no sólo representa el interés un dato de la conciencia y un elemento legítimo necesario de nuestra vida. Considerado socialmente, se trasforma de cierta suerte para convertirse en ciencia. El cultivo inteligente de los intereses, forma una ciencia, y esta ciencia es la Economía política.

Prévias las anteriores indicaciones se nos ofrece bien claro el error en que incurren los economistas teólogos cuando eliminan de la Economía el móvil interesado por considerarlo sensual y grosero, y piensan en sustituirlo por otro más puro y elevado, el deber. Sabemos ya, porque la mayoría de los psicólogos nos lo enseña, que el interés bien entendido es un motivo racional, y que por esto no se confunde en modo alguno con el apetito y la pasion. Sabemos tambien que tiene una realidad innegable en la conciencia. Esto basta para que nos convenzamos de que el interés constituye el fondo y la forma de un sin número de relaciones sociales, cuyo estudio y direccion corresponde á la Economía. Los que con el prurito de ensalzar la ciencia quieren asignarla otro principio, remueven estérilmente sus fundamentos. Bien se nos alcanza la dicha que

colmaría á los humanos el día en que todos sus actos tuviesen por motivo la recta y pura intención de obrar el bien por el bien mismo. Pero despues de rendir justo tributo de veneracion, á la virtud y al heroismo que representan una realidad positiva de la vida, no podemos ménos de volver los ojos á aquel otro aspecto de la realidad que llamamos interés, el cual tambien presenta fenómenos muy dignos de atenderse. Si ocupa un grado más bajo que el deber en la escala de los móviles de la voluntad, no es ménos cierto que, refiriéndose como se refiere á las facultades morales del hombre, deben encauzarse y dirigirse sus tendencias al mismo objeto que aquel. Despues de todo, los dos móviles, aunque tengan objeto distinto, no son opuestos ni contrarios. Suprimir el interés personal equivaldria á suprimir la Economía política; sustituirlo por el deber seria confundir lamentablemente esta ciencia con la moral. Aparte de que tal sustitucion ni ponerse debe en tela de juicio, ¿quién será el que al mirar en torno suyo y observando menudamente los fenómenos del mecanismo social se le ocurra pedir la supresion del interés personal? ¿Quién podrá buscar sériamente otro estímulo para el trabajo? Vosotros, los que considerais el interés, harto, bajo y humilde, ¿os aréis negar que el mundo está lleno de sus obras? Vuestro estímulo del deber no es suficiente para roturar la tierra virgen, para desecar los pantanos y abrir brecha en los bosques, para consumir la vida en los ardores de un horno ó para lanzarse en el piélago de los mares.

Aunque supongais á todos los hombres viviendo bajo un austero misticismo, no seria bastante, porque el misticismo se inclina fatalmente á la quietud, al desprecio de la actividad. Fracasan, pues, los intentos de la Teología en el orden de la produccion porque altera y desnaturaliza sus condiciones esenciales.

Entrando á examinar sus miras sobre la distribucion y el consumo de las riquezas, conviene que nos guardemos muy bien de aceptar esa mayor elevacion de la Economía, la cual redundaria en menoscabo de su dignidad y de los justos límites en que debe moverse. La ciencia económica no necesita abdicar de su naturaleza y convertirse al ascetismo para que se le perdonen sus yerros, porque no los tiene. Su objeto es la riqueza, el medio de que se vale para conseguirla, el interés personal. Definidos tan bien sus lí-

mites no hay peligro de que sufra influencias extrañas ni ménos que cambie radicalmente su esencia. Es muy cierto que han pasado de moda entre los mismos moralistas aquellos furiosos ataques prodigados á la Economía por Villeneuve-Bargemont y otros; pero todavía se leen con demasiada frecuencia en sus escritos las palabras mercantilismo, materialismo, industrialismo, cuyo sabor, marcadamente ascético, repugna al paladar de los hombres de nuestro siglo. El mismo distinguido profesor de la Universidad de Louvain, M. Perin, cuyo sentido económico nadie puede poner en duda, no escasea sus declaraciones contra los intereses materiales. «Cuando la pasion de las riquezas, dice, se apodera de los corazones, destierra toda energía y toda generosidad, los torna indiferentes á todos los grandes intereses de la humanidad; lo útil ocupa el lugar de lo noble y de lo justo; las bajezas, las deslealtades, las iniquidades, se aceptan friamente con tal que conduzan al éxito. Ya no se siente nadie con fuerzas para tomar partido por el derecho contra la expoliacion, y si es necesario para la defensa del derecho arriesgar algo del reposo ó del bienestar, se le dejará inmolar tranquilamente. Las ideas se envilecen con los sentimientos; el ideal deja su sitio al realismo, todo en la política, como en las letras, como en las artes, toma el carácter de especulacion. La sociedad considerada en masa no tiene mas que un pensamiento y un deseo: el reposo y el bienestar» (1).

El ilustre profesor se muestra, como vemos, cruel y despiadado con la riqueza; pero no llega á afectar ese menosprecio insultante por los intereses materiales y por la ciencia que los estudia, como vemos por desgracia en otros escritores de las mismas tendencias.

Escuchemos tambien al P. Gonzalez: «Por eso vemos, en fin, á esa escuela (la economista) encerrarse en el estrecho círculo de los intereses materiales, y prescindir enteramente de los intereses morales y religiosos del hombre; investigar sin descanso los medios de llegar á una produccion ilimitada de riqueza, sin ocuparse del bien moral de los individuos. ¿Puede avenirse el cristianismo con semejante economía política? ¿Puede dejar de condenar esas teorías egoistas, esas

(1) Charles Perin. *De la richesse dans les sociétés chrétiennes.*

doctrinas en que se halla encarnado un materialismo práctico tan desconsolante? No, y mil veces no." (1)

El abate Corbiéro participa de la misma antipatía hacia los intereses materiales y niega como los demás á la Economía su verdadero objeto. «Guardémonos, sin embargo, escribe, de hacer de la moral un simple auxiliar de la Economía política: es preciso mirarla como imponiéndose por sí misma á la conciencia. Por lo demás, sería un grande error el creer que el utilitarismo se halle aceptado por todos los economistas: este sistema subversivo de toda virtud, está cada día más abandonado y la escuela espiritualista hace progresos incesantes.» (2)

Estos y otros ejemplos que pudiéramos presentar nos hacen ver que aunque atenuada y disfrazada existe incompatibilidad para los teólogos entre las ideas religiosas y la Economía política, tal como la han comprendido hasta aquí la mayor parte de los pensadores. Que la distribución y el consumo de las riquezas, según aquellos, en vez de ampliarse y extenderse cada día para que el hombre goce de todas las maravillas creadas, debe restringirse bajo la idea del sacrificio meritorio. Juzgamos que hay un grave error en todo esto.

Los intereses económicos y los morales y religiosos, aunque se hallen en órdenes distintos no viven en perpétua guerra. Sin necesidad de confundirlos entre sí, ni de siquiera subordinarlos, es fácil encontrar su acuerdo y conciliación.

Necesitamos los hombres procurar el sostenimiento de nuestra existencia apoderándonos de los objetos que la naturaleza nos ofrece con mano pródiga. La adquisición de tales objetos constituye nuestra más grande preocupación. Mas las necesidades del hombre no se detienen en la estricta conservación de la existencia física, sino que después de alcanzar este primer propósito sentimos vivos deseos de conseguir nuevos goces del cuerpo y del espíritu. Cuando tocamos á algún objeto que puede proporcionarnoslos, sentimos una satisfacción más ó menos intensa. Por el contrario cuando nos vemos alejados de él, esto nos causa un sentimiento de dolor.

Los efectos de tales sentimientos se dejan sentir con más fuerza en el espíritu de la mayor par-

te de los hombres que la noción del deber y el amor al bien. Entre estos elementos de placer á que el hombre aspira *interesadamente*, se encuentra el culto de lo bueno y de lo bello. Y no obstante, al hombre apasionado de las ciencias ó de las artes, cultivándolas tan sólo por el manantial abundante de goces que en ella recoge, no debemos apellidarle egoísta, porque persigue el bien y lo realiza. Si esto mismo lo llevarán á cabo bajo la pura idea de cumplirlo se le llamaría virtuoso. De donde se desprende que el espíritu humano puede realizar y realiza de hecho el bien, estimulado por el interés. El cultivo y adquisición de los intereses materiales, son el supuesto indispensable de todo progreso moral. Porque el hombre que necesita agitarse por la existencia física, no se encuentra en condiciones de cultivar sus facultades morales. Es preciso que la tenga asegurada y que pueda proporcionarse aquella alimentación, aquel vestido y todos aquellos medios materiales que exigen el hombre de ciencia ó el artista, á diferencia del que ejercita únicamente su fuerza muscular. Sabido de todos es que el bienestar material de las naciones es una de las causas que con más eficacia influyen en la moralidad de sus costumbres. Lo cual no debe sorprender si se calcula que los intereses morales y los materiales guardan una relación análoga á la que mantienen entre sí el cuerpo con el alma. Lo que prueba con más evidencia la estrecha alianza en que viven estos intereses, es la superioridad moral de los pueblos ricos sobre aquellos que consiguen penosamente los medios de subsistencia. Comparemos la cultura de las naciones europeas con la de aquellos pueblos que se mueren sin descanso por las estepas del Asia, buscando acongojados un campo donde apacentar sus rebaños; ó la de aquellos otros que dormitan en el fondo del desierto bajo el sol de los trópicos y alientan su perezosa vida con los frutos espontáneos de la tierra!

Por lo demás, tampoco es fácil probar que el cristianismo esencial se oponga al disfrute de los bienes de la tierra. Lo que el Evangelio combate son los apetitos desordenados, el uso inmoderado de estos bienes, que altera y menoscaba la salud del cuerpo como la del alma. Pudo el cristianismo histórico, llevado por una aspiración noble, aunque exagerada, como reacción, si no justa, fácil de explicar al ménos, lanzar su

(1) Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales, por el P. F. Zeferino Gonzalez.

(2) Loco citato.

anatema contra los bienes terrenales; mas el Evangelio, si bien los pospone y los subordina á los de un orden espiritual, se abstiene de condenarlos. Y que no existe esta incompatibilidad radical entre el cristianismo y los intereses materiales, se ofrece bien claro, considerando que las naciones cristianas han sido siempre y son ahora muy superiores en riqueza á las demás. Es verdad que en la doctrina de Cristo se expresa algunas veces cierto desprecio hácia los intereses del cuerpo; pero siempre acontece cuando se los compara con los del alma. Es verdad que condena con terrible palabras al rico (*es más fácil hacer pasar un cable por el ojo de una aguja, que un rico penetre en el reino de los cielos*). Pero este rico, ¿es el hombre que por medio del trabajo satisface sus necesidades del mejor modo posible? Entonces el Evangelio erige la ociosidad en principio, y condena á los humanos á morir de hambre ó á arrastrar una vida miserable y abyecta. Esto no sería posible, el rico del Evangelio no es éste, sino el que emplea sus caudales en proporcionarse goces ilícitos, el que alimenta su soberbia con un lujo estéril, el que destruye la riqueza sin curar de renovarla.

La Economía política no pretende invadir el campo de la religion, ni el de la moral, ni ningún otro; se limita á estudiar los medios que el hombre y la sociedad tiene para satisfacer las necesidades corporales. Dentro de su modesto círculo, la Economía política es inexpugnable y en vano suenan sus armas en torno de ella los moralistas católicos; jamás podrán llevar á cabo su destruccion.

Lo que hay en resúmen es, que aquellos moralistas han confundido lamentablemente la Economía con la escuela económico-individualista que se ha formado y vive dentro de la ciencia en union de otras varias (la socialista radical, la socialista gubernamental y la que hoy se apellida socialista de la cátedra). Debido á esta confusion, atacando el individualismo creen atacar á la Economía, sin comprender que la escuela económico-individualista, pasará, tal vez haya pasado á estas horas, mientras la Economía política, como ciencia sustantiva que abraza un número bien definido de fenómenos, que los estudia y los organiza, tiene su existencia asegurada contra los tiros de moralistas y teólogos.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LA CIENCIA SOCIAL.

LOS FUNDAMENTOS DE LA SOCIOLOGÍA.

(Continuacion.) *

VIII

El dominio de la ciencia social.

Las ideas que se forma el hombre primitivo respecto á los hombres que ya no son, no tienen sobre su conducta menor influencia que las ideas que concibe respecto á los hombres que le rodean. Si el *miedo á los vivos* es el origen de la autoridad política, el *miedo á los muertos* es la raíz de la autoridad religiosa. Al ver la influencia que ha tenido el culto de los antepasados en la organizacion de los antiguos egipcios, al ver que aún hoy produce y conserva en China una multitud de usos tiránicos, se reconocerá que es un factor social de la mayor importancia y que era preciso estudiarle á fondo para explicar cómo obran los elementos sociales.

Tomando estos elementos tal como se nos presentan, con su constitucion física, intelectual y emocional, poseyendo ciertas ideas adquiridas desde muy atrás y los sentimientos correspondientes, la sociología debe explicar los fenómenos que resultan de estas actividades combinadas.

El desarrollo de la familia es lo primero que ha de estudiarse, así como la influencia que ejercen sobre la educacion de las generaciones sucesivas, la promiscuidad, la poliandria, la poliginia la monogamia y las consecuencias que de ellas resultan para la vida doméstica y la vida pública.

Viene despues la organizacion política con los diversos tipos sociales, el tipo nómada y el tipo agrícola, el tipo militar y el tipo industrial; las modificaciones que produce cada régimen político en los elementos sociales y las reacciones de estos elementos sobre el conjunto.

Es preciso describir también la evolucion del organismo eclesiástico, demostrar cómo, confundido en un principio con el organismo polí-

* Véanse los números 207, 208 y 209, páginas 161, 204 y 236.

tico, se distingue de él gradualmente y cómo adquiere una independencia más completa á medida que disminuye su influencia política.

Llaman también la atención las restricciones á que se hallan sometidos los ciudadanos en la vida ordinaria, y deben examinarse y definirse la subordinación de las clases, sus relaciones recíprocas, el ceremonial, el régimen sumptuario, los usos obligatorios que vienen á ingerirse en los Códigos de las leyes civiles y religiosas.

Nada hay tan importante en la ciencia social como el estudio de las relaciones entre las dos divisiones esenciales de toda sociedad; es decir, la parte regulativa y la parte operativa. La industria es en un principio una de las funciones del gobierno; poco á poco se desprende de él y llega á formarse una estructura regulativa peculiar que es preciso examinar separadamente.

Después de estas estructuras y de estas funciones es preciso analizar ciertos desarrollos accesorios que resultan de la evolución social y vienen en su auxilio, tales como el desarrollo del lenguaje, el de la ciencia, el de la moral, el de la estética y por último el *consensus* de todos estos grupos de fenómenos.

Pero antes de tratar de explicar estos complicados fenómenos, antes de comparar entre sí las sociedades en sus diferentes edades, es preciso indagar cuáles son los caracteres de estructura y las funciones que se hallan habitualmente asociadas á éstas. En otros términos, antes de acometer la interpretación de las verdades generales por el método deductivo, es preciso establecerlas por el método inductivo.

IX

Las inducciones de la sociología.

¿Qué es una sociedad? ¿Es sólo un nombre que designa una colección de individuos, ó es un todo que tiene una existencia distinta de la de los elementos que la componen? Suscítase de este modo en el principio de la ciencia sociológica una controversia que recuerda la de los realistas y los nominales, y no se vacilará mucho en decidir la cuestión en favor de los primeros, si se considera que una sociedad civilizada implica ciertas disposiciones, ciertos caracteres de estructura que son permanentes y sobreviven á los individuos.

Tampoco se vacilará en admitir, que el agre-

gado social tiene más analogía con un agregado orgánico, que con un agregado inorgánico. Efectivamente una sociedad crece y se desarrolla como un cuerpo organizado; sus diversas partes se hallan en una dependencia mútua; sus actividades no sólo son diferentes, sino que se complementan las unas á las otras. La analogía es aun más notable, si se considera que todo cuerpo vivo, de una extensión apreciable, es verdaderamente una sociedad, un conjunto de células con vida propia cada una de ellas. Si la vida del conjunto se corta repentinamente, aquellos pequeños elementos continúan viviendo aun cierto tiempo; si, por el contrario, no se rompe violentamente la vida del conjunto, su duración excede en mucho á la de los elementos. Sin embargo, importa hacer resaltar una diferencia capital; en un cuerpo orgánico, la mayor parte de los elementos se halla localizada de un modo permanente; nacen, viven y mueren en el mismo sitio, lo que permite á la heterogeneidad llegar á su término extremo. La sensibilidad es patrimonio exclusivo de algunos de aquellos elementos; los demás son completamente insensibles. No acontece lo mismo en una sociedad; nada hay en ella que corresponda exactamente á un sistema nervioso. Aun cuando las clases que se dedican á los trabajos mecánicos sean menos impresionables que las que se ocupan de trabajos intelectuales, todos los miembros de la sociedad tienen la facultad de gozar y sufrir; la sensibilidad y la conciencia no se hallan localizadas en una pequeña parte del agregado. Resulta de aquí que la sociedad no tiene por fin su propio bienestar, considerado aparte del de sus miembros. La sociedad existe en beneficio de estos; no estos en beneficio de aquella.

Fijados ya los puntos de analogía y de diferencia, en general, entremos en el detalle de la comparación.

Lo mismo que los seres organizados inferiores se componen de muy pequeño número de celdillas, igualmente las sociedades primitivas se componen de un corto número de hombres. Los habitantes de las islas Fidjü se agrupan en número de quince á veinte; los australianos van errantes por sus desiertos en grupos de veinte á cincuenta. La formación de sociedades más extensas resulta menos del incremento propio de una de estas pequeñísimas agrupaciones, que de

la fusion de varias de ellas, operada por la conquista. Al mismo tiempo aumenta su *densidad*. Los seres inferiores ocupan un gran espacio relativamente á la cantidad de sustancia animal que contienen; en las sociedades primitivas un corto número de individuos se extiende en vastos territorios casi vacíos.

En las sociedades como en los animales la integracion se verifica por condensacion al propio tiempo que por extension. La densidad de la poblacion de Inglaterra en tiempo de la Heptarquía, es á la densidad de su poblacion actual, como la densidad de los seres situados en la parte inferior de la escala zoológica, es á la de los animales superiores. Conviene advertir que uno de los modos de incremento de las sociedades, el de la emigracion que lleva á una sociedad los elementos de otra, no tiene equivalente en el mundo orgánico. Pero en general, los efectos de ella son tan pequeños comparados con el desarrollo proveniente del incremento de la poblacion en cada grupo, que no llega á turbarse sensiblemente la analogía general.

A la par que crecen las sociedades se complica su estructura. Las primitivas hordas errantes son casi enteramente homogéneas. Cuando llegan á constituir una tribu, ya se distinguen algunas diferencias en las ocupaciones de sus miembros. La union de varias tribus introduce diferencias más esenciales. El Gobierno se separa de la industria y se establecen categorías sociales. La *diferenciacion* se precisa á medida que aumenta la complicidad. Procede de lo general á lo particular; principia por la distincion entre los gobernantes y los gobernados; los gobernantes se dividen en políticos, en militares y en sacerdotes; los gobernados en artesanos y trabajadores; por último, cada una de estas categorías se subdivide aun, y así sucesivamente.

Al mismo tiempo se estrecha más la dependencia recíproca de las diversas partes de la sociedad. Puede suprimirse una parte de un animal de orden inferior sin perjudicar la parte restante; pero no puede dividirse un mamífero en dos sin matarle. Del mismo modo, cuando los miembros de la tribu tienen sobre poco más ó ménos las mismas ocupaciones, no son necesarios los unos á los otros; pero á medida que se especializan las funciones, forma la sociedad un todo tal, que un accidente que pueda herir á una de las clases causa una perturbacion gene-

ral; los diversos órganos de la vida social no pueden sustituirse unos á otros, y las funciones ejercidas por los unos no pueden desempeñarse por los otros.

La organizacion de toda sociedad descansa en una distincion entre aquellos de sus miembros que están encargados de proveer á las necesidades de la vida y los que presiden á las relaciones con las sociedades circunvecinas, relaciones por lo comun hostiles. Esta distincion es análoga á la que existe en biología entre las funciones nutritivas y las funciones de relacion. En un principio la diferencia entre las dos clases es poco marcada; la una es la de los señores; la otra es la de los esclavos; y los señores que son, no sólo guerreros, sino tambien cazadores, contribuyen en grandiosa parte á la alimentacion de la tribu. Pero cuando la tribu entra en la fase agrícola, la diferencia de las funciones se hace más sensible; lo es aún más cuando se desarrolla la fase industrial, y entónces se forma una tercera clase que sirve de intermediaria á las otras dos y se encarga del cambio de los productos. Lo mismo acontece en los cuerpos organizados; en los animales inferiores la presa aprisionada por los órganos externos produce un alimento que, absorbido por los órganos internos, se transmite casi directamente á los primeros. En los animales superiores hay un sistema circulatorio y distributivo que transmite á los miembros externos los productos de la nutricion elaborados por los órganos internos.

Vamos á estudiar sucesivamente cada uno de estos tres sistemas:

I. El carácter del sistema alimenticio ó productivo en un agregado orgánico ó en un agregado social, está determinado por los caracteres del medio en que este agregado se encuentra, y cada una de las proporciones del sistema se diferencia para adaptarse á las condiciones de cada localidad. Cuando las funciones principales se han localizado y especializado de este modo, se establecen las funciones secundarias en armonía con este mismo principio. A medida que la sociedad se descompone y se recompone cada industria, esparcida primitivamente en todo el territorio, se concentra en las localidades que le son más favorables. La evolucion del sistema industrial consiste, pues, en una adaptacion cada vez más completa de su estructura á las producciones minerales, vegetales y animales.

que la población obrera ha de someter á sus manipulaciones.

II. La extensión de la sociedad hace necesarios medios de comunicación, ya para facilitar la acción ofensiva y defensiva, ya para cambiar los productos. A las sendas apenas señaladas, suceden caminos mal afirmados y más adelante buenas vías. Cuando se han facilitado con ellas las comunicaciones, el trueque primitivo ó sea el cambio directo, cede el puesto á un comercio regular; dedícase á él una clase especial y la evolución la transforma con el tiempo en una organización mercantil compleja compuesta de vendedores al por mayor y al por menor. El movimiento de las mercancías que en un principio se hacia lentamente á manera de un flujo y reflujo y á largos intervalos de un punto á otro, se reparte en corrientes rítmicas, regulares y rápidas. La creciente actividad en los trasportes al mismo tiempo que la creciente variedad de los productos trasportados, aumenta la dependencia recíproca de las diversas partes de la sociedad, y permite á cada una de ellas cumplir mejor su especial misión. El sistema distributivo tiene determinado su desarrollo, tanto en el organismo social como en el organismo individual por la necesidad de proveer á las necesidades de cada uno de sus miembros.

III. El desarrollo del sistema nervo-motor se halla determinado, por el contrario, en el organismo individual por las relaciones del animal con los otros animales que le rodean; su objeto es ponerle en estado de alcanzarlos ó de huir de ellos. En el organismo social el sistema regulativo, que desempeña un papel análogo, es decir, el sistema gubernamental y militar, se ha desarrollado con el objeto de poner á la sociedad en estado de resistir á las sociedades circunvecinas ó con el de conquistarlas. En ambos casos la organización que necesita un agregado para obrar como un todo ó un sólo individuo en sus conflictos con otros agregados, es el resultado indirecto de la persistencia de estos conflictos. Los grupos primitivos no tienen jefe; las guerras temporales dan origen á un mando temporal; un estado permanente de hostilidad requiere un mando permanente; por último, la autoridad en materia militar dá origen á la autoridad civil. Guerras habituales que exigen una concentración rápida de todas las actividades requieren también la subordinación. Las socieda-

des en que esta es débil desaparecen y dejan subsistir aquellas otras en que la subordinación es más marcada; de modo que se establecen sociedades en que los hábitos creados por la guerra sobreviven en tiempo de paz y producen la sumisión permanente al Gobierno. El Gobierno centralizado que se desarrolla de esta manera, es el único que existe en las primeras fases oficiales. Pero en las grandes sociedades que llegan á hacerse industriales, se forma para todo lo que á la industria concierne otro sistema regulativo, descentralizado, dependiente en su principio del primero y que acaba por adquirir una independencia efectiva. Del mismo modo, en los animales superiores, el sistema nervioso de la vida orgánica se halla independiente del sistema cerebro-espinal. Ya no fija el Estado en la actualidad los precios, ni prescribe los métodos de fabricación; los ciudadanos adoptan la ocupación que más les place; venden y compran como más les conviene; no prescribe la ley los perfeccionamientos, ni se prohíben legislativamente los procedimientos más defectuosos: la autoridad sólo exige una cosa; el cumplimiento de los contratos. La actividad industrial se adapta á las necesidades sociales por medio de un sistema que excita ó disminuye cada industria según aumenta ó se practica el consumo: los mercados de las grandes poblaciones, el mercado central de la metrópoli y la prensa que da publicidad á las transacciones, son los órganos de este sistema. Está completamente independiente del sistema regulativo político; es un *plexus* distinto de ganglios conexos.

Cuando un órgano del cuerpo individual ó del cuerpo político se halla llamado repentinamente á una gran actividad, necesita, para poder hacer frente al gasto extraordinario de fuerza, que se le suministren en mayor abundancia y por otras vías distintas de las corrientes ordinarias de la circulación, los materiales precisos á su nutrición. De ahí un tercer sistema regulativo, que en el organismo individual se llama sistema vaso-motor, y que en el organismo social se llama el sistema de los Bancos ó el crédito. Por medio del crédito, todas las fuerzas de la sociedad, todos los capitales disponibles, afluyen á donde son necesarios, y se retiran de los puntos en que no encuentran colocación. Este sistema es el último que se desarrolla. Ante todo, es preciso preservar al agregado de la destrucción; éste es el

objeto de la organizacion gubernamental; despues regularizar la produccion; éste es el objeto de la organizacion industrial; y por último, se llega al caso de regularizar las funciones distributivas; éste es el objeto de este tercer sistema regulativo, que aparece despues que los otros, y que siendo indispensable para su completo desarrollo, se realiza á favor de una organizacion especial.

Extracto del tomo I de la obra *Principios de Sociologia*, de

HERBERT SPENCER.

(Continuará)

EL REINO HUMANO. *

II

Nadie desconoce en absoluto la distancia puesta por la naturaleza entre el hombre y el animal. Segun confiesa Darwin, es inmensa, «aun admitiendo que sólo se compare al mono mejor organizado con un salvaje del orden más infimo (1).» Si por lo que se refiere al cuerpo, el hombre no es mas que un mamífero acostumbrado á tenerse de pie, por su inteligencia es un señor que tiene conciencia de su autoridad. ¿Cuál es el animal cuya aparicion en la tierra ha producido igual efecto? Al ser creado el mono de más elevada condicion, sólo hubo un habitante más en los bosques. Cuando se dejaron ver los grandes carnívoros, sostuvieron algunas luchas, devoraron algunas presas, pero no alteraron el equilibrio de los seres en la superficie del globo. Apareció el hombre, todo cedió, todo ha desaparecido ó se ha acomodado á su uso, porque el hombre, mucho más débil que ciertos animales, es, sin embargo, más atrevido; porque en el estado más salvaje sabe combinar, prever, asociarse, y de este modo queda dueño en definitiva del campo de batalla.

No se diga que tales efectos se han producido poco á poco y de una manera insensible. La teoría de Darwin es inaplicable aquí. Sin duda que el hombre no dominó el mundo entero desde

el primer dia; pero en todas parte donde se ha establecido, su imperio se ha manifestado en seguida de un modo incontestable. Desde el momento en que existió la especie humana, inmediatamente tuvo sus caracteres especificos (1). Desde el instante en que un sér pudo juzgar, encender lumbre y servirse de un pederual, en una palabra, apropiarse las cosas á su uso, hubo hombre, y cualquiera que fuesen las analogías corporales, no lo hubo antes.

Ved, pues, al hombre, desde luego muy por encima del animal. Y prescindimos aquí de los progresos de la civilizacion, del establecimiento de sociedades políticas, de los desenvolvimientos de las ciencias, de las maravillas de la industria. Tomamos al hombre en el estado más bárbaro. En ese estado, Darwin lo confiesa de buena fe, tiene ya un fondo de ideas completamente parecido al nuestro; y ese fondo, no obstante la falta de todo desarrollo superior, se revela en la lucha para la existencia, por medios de accion absolutamente desconocidos de los animales.

Dejemos, pues, á ciertos materialistas complacerse en reducir las diferencias físicas que separan al hombre del mono. Hacen mal en obrar así. ¿No es evidente que cuanto más débiles sean las diferencias mentales que todo el mundo reconoce ser muy grandes, suponen algo de particular? Que la ostra diste mucho de la inteligencia del perro, nada tiene de asombroso. Abrid el cuerpo del uno y de la otra. Encontrareis en los aparatos de los sentidos diferencias que explican perfectamente la confusion de las sensaciones de la ostra y la claridad de las percepciones del perro. Pero si nos demostrais que un cerebro de hombre apenas se diferencia del de un perro, no podremos menos de pensar, ante los resultados tan discordes de las dos organizaciones, que en la más elevada hay una diferencia que no alcanzamos á apreciar.

Por eso el émulo de Darwin, M. Wallace, se cree obligado á suponer una causa desconocida que ha acelerado en el hombre el desarrollo de la inteligencia.

¡Metafísica! se dirá. ¿Y por qué no?

¿Somos dueños de llevar cuenta con los hechos ó de desatenderlos? Cuando una série de actos se presenta con caracteres completamente

(*) Véase el número anterior, pág. 257.

(1) *Descendencia del hombre*, pág. 36.

(1) *Quatrefages, Especie humana*, pág. 337.

nuevos, ¿debemos suponer de una manera vagas y general, que se reduce á una série de actos ya conocidos? Esta reduccion debe ser muy difícil en el caso que nos ocupa, puesto que el materialismo la procura inútilmente desde hace siglos. Es natural, por lo tanto, que atribuyamos esos hechos especiales á una causa especial.

¿No hablan los físicos á cada instante de la atraccion, de la gravitacion, de la pesadez, de la inercia? ¿Qué son esas palabras sino los nombres de las causas atribuidas á ciertos hechos, causas tan desconocidas en su naturaleza íntima, como puede serlo el principio de las facultades mentales? (1). Luego tambien llegan á la metafísica. Los materialistas llegan á ella igualmente, al atribuirlo todo á la materia y á la fuerza, porque nadie ha visto nunca, ni fuerza, ni materia, sino únicamente dilatacion y movimientos. Si es metafísica dar nombre al primer fondo de los hechos conocidos, la metafísica es indispensable, á no ser que aprendamos á explicarnos las apariencias sin fondo y los efectos sin causa. El mundo se siente impresionado ante lo desconocido: ¿podemos imaginarnos un árbol sin pensar en sus raíces?

Pero veamos de qué modo explican las diferencias que separan al hombre del animal, los que rehusan ver en la inteligencia humana el signo de una causa especial.

La mayor parte, preciso es decirlo, se ocupan muy poco de la cuestion. El cuerpo es lo que principalmente estudian, y cuando creen haber probado que el cuerpo humano puede derivar del cuerpo del bruto, dan por terminada su tarea, como si las diferencias mentales fueran un detalle sin importancia.

M. Vogt parece, á primera vista, más correcto; sólo me ocupo, dice, del origen material del hombre. Pero desgraciadamente sus conclusiones tienen todas las trazas de aplicarse al origen total; se podría pensar que ha tratado con una concesion verbal de evitarse ciertas objeciones.

Suponiendo que el origen animal del cuerpo del hombre estuviese probado, y está muy lejos de serlo, seria preciso aun, para motivar la hipótesis de una filiacion pura y simple de la bestia en el hombre, que los trasformistas explica-

en el tránsito del instinto, á la inteligencia humana, que demostráran cómo esta puede ser únicamente un desarrollo de la sensibilidad animal. No conocemos más que á Darwin que haya atacado directamente este problema.

Darwin, nos complacemos en reconocerlo, tiene cierto candor; rechaza concienzudamente las objeciones. Examina por separado cada una de las dificultades que puede oponerle la psicología: origen del lenguaje, conciencia, sentimiento religioso, sentimiento del deber, etc.

En cambio, salva los obstáculos con tal agilidad que se podría creer que su franqueza es un juego. El más leve pretexto le basta para descartar las más graves cuestiones. ¿Cómo evade, por ejemplo, la objeccion fundamental de que sólo el hombre tiene una conciencia reflexiva? La respuesta es tan singular que raya en legendaria.

Todo el mundo conoce su viejo perro de caza, que, en la ociosidad de una edad avanzada, se entretiene en recordar sus antiguas proezas. ¿Es esto serio? ¿A qué conducia plantear la cuestion para eludir de ese modo la respuesta?

El origen del lenguaje tampoco le embaraza. Como no admite diferencia entre el sentimiento y la idea, cree muy sencillo que la expresion de las emociones, muy comun en los animales, ha llegado poco á poco, en el hombre, á ser la expresion de los pensamientos. En cuanto al sentimiento moral, estético ó religioso, no niega que sea especial del hombre; pero "es muy posible, dice, que esa facultad sea el resultado accesorio de otras facultades intelectuales muy adelantadas!" (1). *Es muy posible, ¿pero es?* En los escritos de la escuela escocesa hubiera podido hallar Darwin esas facultades analizadas con minucioso cuidado. ¿No podría haberse proporcionado en los sábios estudios de sus compatriotas los elementos de una solución positiva?

Se califica con frecuencia á la filosofía de novela. No conocemos novela más fantástica que la obra de Darwin. Él conoce indudablemente un gran número de hechos curiosos, sobre todo de hechos que, hasta hoy, no habian llamado la atencion. Pero, ¿cómo los enlaza? ¿Qué ostentacion, qué aparato de razonamientos asombrosos, de analogias forzadas, de suposiciones gratuitas! ¿Qué tendencia á tomar siempre el lado peque-

(1) Quatrefages, *Especie humana*, páginas 5 y siguientes.

(1) *Descendencia del hombre*, pág. 115.

ño de las cosas! ¡Qué cúmulo de *sin duda*, de *tal vez* y de *es sabido*!

Al lado de los trasformistas colocamos á monsieur Delbœuf, al eminente profesor de la Universidad de Lieja. En su psicología acepta la teoría de la evolucion y hace uso de ella para la explicacion de los fenómenos psicológicos. ¡Cosa singular! Admite con los espiritualistas más decididos que la inteligencia es irreductible á la sensacion y ésta á la vida vegetativa, y, sin embargo, nadie reduce tanto como él la diferencia del hombre y el animal.

Segun M. Delbœuf, la inteligencia consiste en juzgar; pero todo juicio consciente resulta de juicios anteriores, que han sido otras veces conscientes, ya en nosotros mismos, ya en nuestros ascendientes. «Es preciso, pues, buscar el origen de los juicios actuales en los actos intelectuales de los primeros seres sensibles (1).» ¿De dónde ha venido el primer juicio? Segun el profesor no podría explicarse sino por un círculo vicioso. «Para estar advertido de su existencia es preciso un cambio de estado; y para juzgar que hay cambio de estado, se necesita que el estado anterior sea conocido (2).» La misma dificultad para la sensacion. Es, pues, imposible concebir un primer acto de sensacion ó un primer acto de juicio. El paso de lo insensible á lo sensible, de lo ininteligente á lo inteligente es contradictorio. La sensibilidad y la inteligencia han debido ser eternas y nuestra imaginacion no puede representarse «un estado inicial del mismo sino como conteniendo ya en sí mismo la inteligencia y la sensibilidad (3).»

La inteligencia, sin embargo, se ha desarrollado poco á poco, llevando siempre la conciencia á juicios cada vez más elevados y dejando en la sombra del automatismo inconsciente, los juicios que al principio habia formado (4).

En esta teoría, ¿cuál es la diferencia entre el hombre y el animal? Uno y otro tienen inteligencia y sensibilidad; uno y otro pueden formar juicios. Pero el hombre es un animal «en quien la suma de actos conscientes es notable y supera quizá á la de actos inconscientes é instintivos (5).» El autor añade que no hay diferencia

esencial entre los actos conscientes y los inconscientes (1). No hay, pues, entre el hombre y el animal más que una diferencia de grado: y esta diferencia no es grande, porque, más osado que Darwin en esto, M. Delbœuf no reconoce entre el perro y el australiano mayor distancia que la que existe entre el australiano y el europeo, ó aun tal vez entre la mayor parte de los europeos y Newton (2).

¿Aceptaremos, sin protestar, semejante conclusion? No por cierto. Descansa en confusiones demasiado evidentes para un psicólogo.

¿Qué es un juicio inconsciente? La conciencia, ¿no es un elemento necesario de todo juicio? ¿Se puede juzgar, es decir, comparar y afirmar sin saberlo?

M. Delbœuf alega curiosas experiencias para probar que nuestros juicios sobre el color son la consecuencia de otros juicios de que no tenemos conciencia. Cuando un objeto que es verde nos parece gris por contraste, no es que ningun razonamiento nos conduzca á deducir que es gris, sino que hay una sensacion distinta que nos hace realmente ver gris el objeto que en diferentes condiciones parecia verde. Lejos de ser esta sensacion por sí misma un juicio, creemos ordinariamente que es falsa y la experimentamos sin embargo. No concedemos á M. Delbœuf que no se pueda hallar ninguna razon filosófica de estas desviaciones de la sensacion. ¿Qué supone del cansancio de la retina, de la persistencia de sus impresiones, de la influencia muy conocida que tiende á despertar una sensacion dada en presencia de sensaciones generalmente concomitantes y de la asociacion, en fin, de las sensaciones del tacto con las de los demás sentidos? Creemos que estos datos bastarán á resolver todas las dificultades que él ofrece. Si admite que la sensacion puede producirse aparte de toda modificacion interna ó externa de los órganos, la considerará un acto completamente inmaterial, independiente de la impresion recibida, y por consiguiente, pudiendo existir muy bien sin ninguna impresion, M. Delbœuf quiere ser en este punto idealista.

No admitimos juicios inconscientes; únicamente reconocemos que la asociacion de ideas sobre la cual se apoya el juicio puede ser influi-

(1) Psicología como ciencia natural, pág. 71.

(2) Idem, pág. 92.

(3) Idem, pág. 85.

(4) Idem, pág. 100.

(5) Idem, pág. 102.

(1) Idem, pág. 101.

(2) Idem, pág. 102.

da por causas que no conocemos y de las que por lo tanto no juzgamos.

Tampoco es exacto que no se pueda juzgar sino de un cambio de estado, y que para conocer un cambio de estado sea preciso conocer el estado que ha precedido. Es muy cierto que las sensaciones distintas, bases ordinarias de nuestros primeros juicios, no se producen mas que en la ocasion de cambios de estado en el cuerpo.

Pero lo que sentimos, conocemos y juzgamos, son las mismas sensaciones y no los estados de que son efecto.

Tenemos hambre, no sabemos qué cambio se produce en nuestros órganos para determinar esta sensacion, y únicamente por experiencia sabemos que el alimento la apaga. Vemos algo verde, ignoramos qué cambio, en nuestra retina, ha provocado esta vision; necesitamos una ciencia profunda para descubrir que la luz ha producido una modificacion en nuestro nervio óptico.

El cambio de estado es, pues, la causa y no el objeto de la sensacion, que á su vez es el objeto de un juicio. La sensacion por sí ignora ese estado, y sólo por una experiencia subsiguiente llega á ser su signo.

El circulo vicioso señalado por M. Delboeuf, que cree que todo juicio supone un juicio anterior y toda sensacion una sensacion anterior, no tiene, pues, razon de ser, y no se puede deducir de él que la inteligencia y la sensibilidad sean eternas en el mundo.

Concedemos, sin embargo, que no podria haber inteligencia en el mundo si no hubiese existido desde el principio. Pero esto lo entendemos de distinto modo que M. Decebuf.

Desde el momento que existe alguna parte de la inteligencia en acto, ha debido existir en el primer principio de las cosas una inteligencia en acto: lo que es no puede salir de nada.

Ha habido, sí, desde luego, una inteligencia en acto, y esta inteligencia era consciente, al menos de todas las cosas de que una naturaleza puede llegar á ser consciente en el trascurso de los tiempos. Nada puede remontarse más que su punto de partida. Era, pues, personal; y existiendo desde el primer instante, era eterna.

Si M. Delboeuf quiere elevarse con nosotros hasta esa personalidad, tal vez comprenderá que es necesario admitir algo de particular-

mente elevado en el único habitante de nuestro globo al que sea dado entreverlo.

E. DOMET DE VORGES.

Trad. de R. de M.

(Continuará.)

EL VALOR Y LA RIQUEZA. *

VIII

El valor, hemos dicho, tiene una base determinada por los arreglos sociales; en mira de remunerar los productores. Ricardó la ha formulado de una manera tal, que no se han dado por satisfechos, entre otros economistas, ni Rossi, ni Baudrillart, ni tampoco nosotros, bien que no la echemos de economistas, ni mucho menos. Los gastos de produccion, base del valor, segun Ricardó, designan á nuestro espíritu, más que otra cosa, una oferta, un vendedor, es decir, uno solo de los dos que intervienen en todo cambio, y esto no puede satisfacerle. Baudrillart cree necesario completar la fórmula, poniendo *de la oferta y la demanda*.

Ricardó no ha querido designar exclusivamente la oferta como base del valor, segun puede verse por sus análisis: pero, no por eso es su fórmula menos defectuosa. La razon queda perfectamente satisfecha á nuestro juicio, diciendo: *la base del valor es el término medio que tienen en mira los arreglos sociales, cuando no se hallan perturbados, para que sirva de justa remuneracion á los productores*. Sin duda que esos arreglos tienen muy en cuenta, al buscar ese término medio, los gastos de produccion, porque de ordinario las variaciones de valor marchan en conformidad con ellos: pero, tienen además en cuenta, que esos gastos no pueden ser remunerados, cuando exceden el poder ó la voluntad de pagarlos. En fin, es preciso tener presente que los arreglos sociales á que nos referimos, son tomados por todos, así productores como consumidores, y que tienen en cuenta por consiguiente, todas las influencias á que el valor se halla sometido.

Sin perjuicio de lo que diremos más tarde del modo de proceder de los arreglos sociales, podemos manifestar desde luego cómo determinan la remuneracion media, esto es, la base del valor.

Supongamos un producto que se aparece por primera vez en el mercado, y que por consiguiente no se conoce aún su precio corriente. El productor sabe sus gastos de produccion, y claro es que no querrá venderlo perdiendo; sin embargo, no podrá

* Véanse los números 202, 203, 204 205, y 207 páginas 23, 59, 91, 125, 183. 249 y 270.

obligar á nadie á que se le tome por un precio remunerador. Si no obtiene éste inmediatamente, ó en un tiempo dado, dejará de producirlo, y verosímilmente no habrá otros que traten de producirlo en iguales condiciones. Si, por el contrario, obtuviere un buen precio, continuaría la producción y no le faltarian imitadores; pero si consiguiera mayor remuneración aún, esto es, superior á la ganancia media corriente, la concurrencia aparecería luego, le obligaría á rebajar sus pretensiones y el valor del producto se aproximaría al término medio, ó sea lo que nosotros llamamos su base, ó sea aún la remuneración corriente de todos los productos del mismo género.

El valor debe ser la justa remuneración del productor; si fuese insuficiente, la producción ó la oferta disminuiría ó cesaría. Tampoco, salvo los casos de monopolio, puede ser excesiva sin que la producción y la oferta aumenten; por consiguiente no puede separarse de su base sin ser atraído hácia ella de nuevo por la fuerza de las cosas. Todavía, en el caso de monopolio, el valor excesivo provoca ordinariamente el aumento de la producción y la oferta. Si el monopolio no está limitado á una sola persona ó compañía, ó á un pequeño número de las unas ó de las otras que puedan coaligarse, ganando cada productor tanto mas, cuánto más produce; todos los privilegiados no coaligados tienen interés en aumentar su producción y generalmente la aumentan, en efecto, hasta hacer bajar el valor al nivel de los precios corrientes de las industrias no privilegiadas, de suerte que las esperanzas fundadas sobre el monopolio se ven de hecho frustradas, y esto es lo que sucede también respecto á las industrias protegidas.

Los mismos arreglos que determinan la base del valor, hacen que este sea uniforme, es decir, que sea el mismo poco más ó menos en un mismo tiempo y en un mismo lugar para los productos idénticos de productores diferentes, cualesquiera que sean sus gastos de producción; y hé ahí una necesidad económica que se explica con facilidad; porque ningún consumidor que puede comprar un producto por un precio conocido, consiente en pagarlo más caro, so pretexto de que ha costado más producirlo, como tampoco ningún productor á su vez consiente en vender más barato, porque le cueste menos producirlo que los consumidores quieren pagar á un precio determinado. Pero hay aun otras razones más poderosas, si esto es posible que exigen que eso sea así, las cuales merecen atención particular.

Algunas escuelas socialistas pretenden que la remuneración del trabajo sea proporcional, no á los resultados del trabajo, sino al esfuerzo que se

haga, lo cual equivale á pretender que el valor no sea uniforme, puesto que, en tal caso, no serian iguales nunca los gastos de producción. Los que tal pretenden no reflexionan ó no piensan en los resultados que eso produciría, dado que fuera practicable.

Si los esfuerzos de los productores pudieran tener una comun medida, ¿dónde se la podría encontrar que no fuera en el resultado del trabajo, único elemento homogéneo susceptible de obtenerla? En ninguna parte, y aún ese medio seria muy defectuoso: pero cualquiera otro lo seria más. Coloquémonos, sin embargo, en la hipótesis, bien que absurda, de que se ha encontrado esa medida, y que, por consiguiente, la distribución de la riqueza se hace en virtud de su aplicación. ¿Qué se deduciría de ahí? La hostilidad entre los consumidores y los productores; puesto que los primeros, sin preocuparse de los esfuerzos, sólo piden sus resultados, al paso que los segundos, sin preocuparse de los resultados, pedirían la remuneración de sus esfuerzos. Con la remuneración proporcional al resultado, el trabajo es un medio; con la remuneración proporcional al esfuerzo, es un fin: así que el trabajador en tal caso no aspira sino á hacer esfuerzos sin preocuparse de si daban ó no resultados.

No es otro, sin embargo, el principio en que se apoya también la teoría de la protección, tengan ó no conciencia de ello los proteccionistas. Si semejante principio triunfara en la práctica, condenaría á la sociedad á trabajos estériles; pero ese triunfo es imposible, por la sencilla razón de que en la práctica no se puede hacer abstracción, como en la teoría, de la ineludible solidaridad de la producción y el consumo, de esas dos faces de una misma economía, de las cuales ninguna puede ser alterada sin que la otra sea afectada.

Es muy de notar el acuerdo de los proteccionistas y los comunistas, respecto á este principio. Estos, con tal de glorificar su teoría, no escrupulizarían en exponer á la sociedad á la más espantosa miseria, á fin de aliviar á la clase obrera, la cual no por eso dejaría de caer en mayor miseria; aquellos harían lo mismo; pero sin poder alucinar la opinión pública con la circunstancia atenuante de las generosas intenciones de sus émulos. Bastiat, con ese gran conocimiento que tenia de los vicios del sistema protector, observó perfectamente el acuerdo que existía entre los proteccionistas y los comunistas acerca de las cuestiones sociales:

"El proteccionismo, dice al combatir las ideas de M. Luis Blanc sobre la organización del trabajo, "ha sido el precursor del comunismo. Fué su primera manifestación; porque, ¿qué piden hoy las

"clases que más sufren? No piden sino lo que han pedido y obtenido los capitalistas y los propietarios territoriales; piden la intervencion de la ley para equilibrar, igualar la riqueza. Lo que los proteccionistas hicieron por medio de la aduana, quieren hacerlo ellos por medio de otras instituciones; pero el principio es el mismo, *tomar legislativamente á los unos para darlo á los otros*. Y dado que los propietarios y los capitalistas han dado el ejemplo, haciendo admitir tan funesto principio, que no se quejen, pues, de que otros más desgraciados reclamen el mismo beneficio." *Histoire de la Revolution de 1848, par M. Garnier-Pagés.*

Hasta ahora no hemos estudiado sino por un lado la cuestion que suscita el principio de la remuneracion proporcional al esfuerzo; veámosla por otro, que sorprenderá más todavía á aquellos para quienes la libertad económica no significa sino anarquía é iniquidad.

Ese principio tiene por objeto para los que piden su aplicacion: compensar á los productores de las inmerecidas desigualdades que sufren; pues bien, si se practicára, creemos nosotros poder demostrar que se obtendrian resultados que producirian desigualdades más inmerecidas todavía. En efecto, la desigualdad de los gastos de produccion, ó lo que es lo mismo de los productores, consecuencia ineludible de la aplicacion de ese principio, como hemos hecho ya ver, nos traeria la desigualdad de valores de dos productos idénticos en un mismo mercado y á un mismo tiempo; lo cual produciria la desigualdad entre los consumidores, puesto que pagarian á distintos precios productos idénticos ú obtendrian por un mismo costo satisfacciones desiguales, cuyas desigualdades, sin embargo de ser tan intensas como las de los productores que se pretende evitar, no por eso son más merecidas. Además, ¿cómo puede desconocerse que todo productor es necesariamente consumidor, y que, en último resultado, su consumo no es otra cosa que la remuneracion de su trabajo? Por consiguiente, la aplicacion de ese principio, destinado por los que le preconizan á igualar las condiciones de los productores, sirve sólo para alejar más y más esa igualdad. Por último, y lo repetiremos sin cesar, las desigualdades que se crearían no dejarían de ser más inmerecidas y más odiosas que las primeras.

La desigualdad de los productores es muy sensible en verdad, y es de desear que se aminore en lo posible: pero, el principio que combatimos, dado que fuera practicable, no la hacia desaparecer, como acabamos de probar; y cuando más la pasaria de un lado á otro, sólo que, esta variacion de lugar lejos de hacerla desaparecer, aumenta-

ria la dificultad de su desaparicion; no tendria nada de nivelador, ó sea de *igualitario*. El principio de la remuneracion proporcionada al resultado del trabajo, es, por el contrario, esencialmente nivelador, puesto que estimula á los productores menos hábiles á la aplicacion, al ahorro, al estudio, etc., á fin de aumentar ó mejorar los medios de satisfacer sus necesidades esto es, los estimula al progreso, de cuyo estímulo carecerian con la compensacion que se pide á su nombre, caso que esta fuera posible. Añadiremos, por fin, que las desigualdades naturales que han promovido quejas tan amargas, no se consideran injusticias por nadie, ni siquiera por los que son víctimas de ellas; así es que se sufren comunmente con resignacion; al paso que las desigualdades artificiales, que se pretende las sustituyan, serian tenidas con razon por injusticias por todos, y sólo al tratar de establecerlas se promoverian tempestades de cólera é indignacion.

IX

La uniformidad en los valores de productos idénticos, aunque sean de productores diferentes, en un mismo tiempo y mercado, cualesquiera que sean los gastos respectivos de produccion, es la expresion más cumplida de la solidaridad que une todos los valores en un mismo tiempo y mercado, y aun en mercados diferentes. Si la libertad de comercio fuera una verdad, dos productos idénticos no diferirían de valor en mercados diferentes sino en lo que costara el transporte desde el más barato al más caro y las ganancias ordinarias del especulador: pero si esa libertad no existiere, habria que añadir á esa diferencia el importe de los derechos ó impuestos, ó los que ocasiona el contrabando. En todos estos casos es, pues, clara la solidaridad.

Los metales preciosos nos ofrecen el ejemplo más patente de esa solidaridad. Se puede asegurar que, poco más ó menos, tienen el mismo valor en todos los países civilizados; y la prueba de ello es, que basta una pequeña diferencia de valor entre dos países para hacerlos emigrar casi en su totalidad. Este fenómeno es tan comun y conocido que tenemos por escusado poner ejemplos.

No puede, pues, ponerse en tela de juicio, á nuestro parecer, la solidaridad de los metales preciosos, y por consiguiente, de la moneda; sin embargo, no faltan economistas muy eminentes que afirman: que la moneda cambia con frecuencia de valor al cambiar de lugar. No reflexionan bien, segun nosotros, los que tal afirman. Lo que cambia de valor al cambiar de lugar, no es la moneda que se lleva, son los productos de los diferentes luga-

res que se recorren. No es admisible otra cosa; y la prueba de ello y prueba incontestable, es que al paso que la moneda aparece en alza respecto á algunos productos, aparece, por el contrario, en baja respecto á otros; y lo repetiremos, no puede admitirse que alce y baje al mismo tiempo en un mismo mercado relativamente á su valor medio.

"Si yo paso de un lugar á otro, dice el eminente economista J. B. Say, aun cuando sea sin salir del país, el dinero que llevo conmigo cambia de valor á medida que avanzo, puesto que todos los productos, todos los alojamientos, todos los servicios que recibo cambian de valor respectivamente á mi bolsillo. Si salgo de un punto, en el cual todo ó casi todo es más caro, para ir á otro donde casi todo es más barato, como cuando salgo de París para el departamento de Vosges ó de Loire-Inferieur, me hallo más rico, mucho más rico, sin poseer un escudo más." *Cours complet, primer partie, chap. 2.º*

No es exacta esa asercion de J. B. Say; él mismo, estamos seguros de ello, se consideraria infinitamente más pobre en aquellas provincias que en París, con igual capital, considerando el conjunto de todos los consumos que un hombre puede desear en cualquiera parte que se halle. Sin duda alguna que un brácer de campo, que se acomoda á dormir á campo raso una parte del año, que calza, cuando mas, abarcas y se alimenta con pan bazo, hallaria la vida de París muy cara; pero cualquiera que pretendiera satisfacer en provincias las necesidades ó goces que puede procurarse en París, gastaria de seguro muchísimo más que en París. Todo esto depende del punto de vista bajo el cual nos coloquemos. La habitacion y el alimento ordinarios los encontraria comunmente Say más baratos en provincias que en París; pero aparte de eso, todo lo hallaria bastante más caro. Si le apeteciera un pescado, aunque se hallara en el Havre, tendria que pedirlo á París. En cuanto á los artículos que generalmente se llaman de París: en cuanto á objetos de moda y otros infinitos, son generalmente mucho más caros en provincias que en París, y eso cuando se encuentran. Y todo esto, sin hablar de los goces que procuran las artes, las ciencias y los espectáculos de las cosas más notables, que no se encuentran en provincias á ningun precio. Si Say hubiera fijado su atencion por un momento, creemos que no habria escrito lo que hemos copiado.

La solidaridad de los productos que no son idénticos, se encuentra en la uniformidad que los arreglos sociales se proponen generalmente establecer para la remuneracion de todos los trabajos, que exigen poco más ó ménos el mismo tiempo, la misma actividad, la misma inteligencia y los mis-

mos conocimientos profesionales. A no ser por esta uniformidad, que se lleva hasta donde es posible, nos encontraríamos con desigualdades inexplicables entre los trabajadores de las diferentes industrias. Esta solidaridad del valor del trabajo en las diferentes industrias de un mismo lugar, existe necesariamente de igual modo en los productos de ese trabajo y existe para el mismo valor en lugares diferentes, envirtud de la facultad que los trabajadores tienen de trasladarse y de la homogeneidad de las necesidades y de las fuerzas productivas de los trabajadores. Sin duda que los trabajadores se trasladan con menor facilidad que los productos, y de ahí que el valor del trabajo sea ménos uniforme que el de los productos. Las desigualdades de los valores, de los cuales se prevalen algunos para negar el hecho de la solidaridad de los valores, no son las más veces sino aparentes. Siendo de ordinario el salario proporcional al resultado del trabajo, tal asalariado que recibe más que otro, es con frecuencia ménos pagado en realidad, porque produce en proporeion más que ese otro.

La solidaridad de los valores no es, pues, otra cosa que la solidaridad de los productores y de los consumidores del país y de todos los países, con los cuales hay relaciones; es más ó ménos íntima: pero existe siempre.

X

Para nosotros que, como lo hemos dicho precedentemente, las fuerzas inteligentes que hacen variar el valor y volver á su base natural, tienen siempre en mira el orden más perfecto del momento, vamos á suponer diferentes alteraciones de los arreglos sociales, á consecuencia de los cuales aquellas inteligencias producen los efectos que indicamos.

Supongamos que uno de los grupos de productores, entre los que componen la sociedad, produce más de lo que se le demanda ordinariamente; en ese caso habrá un exceso de oferta de los productos peculiares á ese grupo, lo cual no seria una desgracia para el resto de la sociedad: sin embargo, es preciso averiguar á qué condiciones consentirá la sociedad consumir ese excedente, dado que lo consienta. Para conseguir averiguarlo, nos colocaremos en el lugar de un consumidor cualquiera del producto en exceso, y procuraremos razonar como creemos que él razonaria.

Nuestra renta, diríamos, está ya distribuida de antemano entre los diversos artículos que pensamos consumir; si aumentamos alguno de ellos, aumentando su costo correspondiente, tendremos que disminuir algun otro, y no nos determinare

mos á esto, sólo por complacer á los que nos ofrecen más de lo que les pedimos de ordinario; sin embargo, si bajan el valor de su producto, en términos que por el mismo costo obtengamos mayor cantidad que de ordinario, con gusto nos determinaremos á aumentar el consumo de ese artículo; pero téngase en cuenta que no nos comprometemos á consumir todo el excedente que nos quede, á causa de la baja de ese producto, porque deseamos hacer algún ahorro, ó aumentar otro consumo, teniendo presente que este aumento de otro ú otros artículos producirá el alza de su precio en más ó en menos, puesto que en este momento, por hipótesis, somos toda la sociedad.

Ante semejante razonamiento, ¿qué pueden hacer los productores del ó de los productos en exceso? Si no bajan su precio, se quedarán con el excedente, y en seguida producirán menos, teniendo en cuenta que, para ellos, es lo mismo perder algo hoy vendiendo más barato, que perder de igual modo dejando de trabajar mañana ó disminuyendo su trabajo. Lo que harán esos productores, ya lo hemos dicho anteriormente, depende de la naturaleza de sus productos y de las condiciones económicas en que se hallen. En todo caso, es casi seguro que el valor de sus productos bajará en mayor ó en menor proporción. Sin duda que este resultado no tiene nada de lisonjero para ellos; pero, ¿cómo lo podrían evitar una vez dado el exceso?

Supongamos, por el contrario, que ese mismo grupo ha disminuido su producción ordinaria; la sociedad en este caso no tendrá lo que demanda normalmente; sin embargo, no habrá dejado de producir en general todo lo que destinaba á la adquisición del producto en déficit, y por consiguiente, esa parte de su producción se hallará en exceso. En el supuesto precedente teníamos solo un producto en exceso, sin déficit en ninguno de los otros; en el supuesto actual sucede todo lo contrario. Si para evitar el alza del producto que escasea nos resignamos á privarnos de él, nos quedamos con los demás en exceso y los productos del déficit, cuyo valor continuará siendo el ordinario, sufrirán una pérdida ya que verosímelmente habrán gastado lo mismo que de ordinario y han producido menos. Ya sabemos lo que sucede en semejantes casos: el producto en déficit alza, y los demás bajan.

Pongamos, pues, otro ejemplo más claro aún, si esto es posible: volvamos á nuestro trigo. Sabido es que siempre que la producción del trigo disminuye, su valor sube en una proporción muy superior al déficit. Esta desproporción perturba tanto más el orden social, cuanto que el trigo es un artículo de consumo, del cual apenas nos podemos

abstener; así sucede que en tiempos de gran escasez, que es cuando su valor asciende más, promueven las masas quejas muy acres y apasionadas. Participando los Gobiernos de la idea común de que ese fenómeno es un gran mal para la sociedad, y deseando evitarlo, ó atenuarlo por lo menos, toman en efecto las disposiciones que creen más conducentes. Sus esfuerzos son, sin embargo, impotentes siempre; pero, á nuestro parecer, no se ha explicado bien hasta ahora el por qué de esa impotencia. Lo explicaremos nosotros tal cual lo comprendemos, y para ello daremos por sentado, que las medidas tomadas por él, ó los Gobiernos, para contener el valor del trigo dentro de sus límites ordinarios, producen ese efecto.

El trigo, por suposición, está escaso y barato; esto es, á precio ordinario. En primer lugar, el productor pierde; sobre él solo gravitaría el déficit, porque una mala cosecha le cuesta, poco más ó menos, tanto como una buena, y esa pérdida no puede convenir á la sociedad. En segundo lugar, una parte de los productos, destinados á ser cambiados por trigo, carecen de su natural salida, y todos sus productores habrán de sufrir otra pérdida, y esta tampoco puede convenir á la sociedad. En tercer lugar, y esto es aun más alarmante, el cultivador, no muy sobrado generalmente, y que cuenta sólo con los productos de su cosecha para los adelantos que reclama la venidera, no puede acudir á esta exigencia sino muy imperfectamente, y la sociedad se ve por eso amenazada de una sucesión de malas cosechas. En cuarto lugar, y esto reclama la mayor atención de todos, desde el momento que se conoce la falta, es imprescindible que la sociedad restrinja el consumo, y de nada serviría alegar, en el sentido que vamos hablando, el recurso de las importaciones; primero, porque la escasez podría ser general; segundo, porque el bajo precio no cubriría los gastos de esas importaciones. Se consumirá menos, se dirá: en hora buena; pero, ¿quién establece para cada uno la proporción de ese menos? Nadie podría establecerla de una manera eficaz, y sin embargo, la cuestión está reducida á conseguir que la provisión insuficiente dure hasta la próxima cosecha, y precisamente en esto es en lo que se halla por experiencia el vicio radical de la intervención de la autoridad en el comercio de granos en tiempos que escasean. Comprendemos que se ponga á ración á una familia, una plaza, una comunidad, la tripulación de un buque: pero, á una sociedad entera, no. La autoridad más honrada, cuidadosa é inteligente, la mejor servida por todos sus agentes, aun poniendo lo que es imposible, bajo su administración la agricultura, no podría conseguirlo jamás. Además, ¿cuál Gobierno admitiría ó asu-

miria la ingratísima responsabilidad de empresa semejante?

¿Y que sucedería en tal caso? Para contestar á esta pregunta es preciso recordar que, por hipotesis, la autoridad ha tomado sus medidas para contener el alza del valor del trigo, y que ha logrado su objeto; por consiguiente, no teniendo nadie motivos suficientemente imperiosos para disminuir el consumo de tan indispensable alimento, todos consumiríamos de él como de ordinario en plena seguridad; y de ahí resultaría que se consumiría en 8, ó 10 meses la provision que debiera durar un año; y la sociedad quedaria abandonada por 2, ó 4 meses á los indescritibles horrores del hambre, en la mayor escala que se hubiera visto jamás.

Para conseguir que en tiempos de escasez no se consuma tanto trigo como de ordinario, no hay sino un medio eficaz,—el alza del valor del trigo; y para aplicarle, sólo hay una fuerza bastante grande, inteligente, superior á la pública, que pretendiera contrariarla—la fuerza inteligente que dispone los arreglos sociales—la voluntad general. No hay Gobierno] cuyas medidas, á este respecto, no fracasen, cuando no marchan de acuerdo con esa fuerza, y siempre esas medidas conducen á resultados deplorables, puesto que no pueden producir sino dos efectos igualmente perjudiciales: ó el de fracasar en parte y causar solo una parte del mal que causaria, si fracasara por completo, como acabamos de ver, ó el de paralizar las medidas, siempre eficaces, que toma el comercio, cuando es libre, en tales casos. Créese por muchos, es verdad, que el interés de los comerciantes es hostil al general; nada es ménos cierto. Por individual que sea ese interés, no puede ser satisfecho sino en tanto que las medidas que inspira satisfacen el general; así que le conviene estar siempre de acuerdo con este: pero, para que esas medidas que tome el comercio sean cuanto eficaces pueden ser, es preciso que se ejerza con libertad.

Los ejemplos que preceden nos dicen con claridad que las variaciones del valor, sobre todo en las circunstancias más graves, no tienen nada de misteriosas, de ciegas, ni de desordenadas; no son sino efectos de accidentes que han sobrevenido á la produccion ó al consumo, ó á ambos á la vez; accidentes de los cuales no participa el principio del valor, del cual son aplicaciones, sino por la perturbacion pasajera que le comunican. Lejos de ser desórdenes en sí mismas esas variaciones, manifiestan, por el contrario, las fuerzas inteligentes de la sociedad para restablecer el orden económico cuando ha sido alterado por los accidentes que las provocan; como lo hemos dicho ya, esas mismas variaciones constituyen un orden transitorio, un

equilibrio inestable, diria un químico, en espera del equilibrio estable, esto es, del orden relativamente permanente. Jamás se insistirá demasiado al repetir esa verdad fundamental en economía política; y en política que formularemos en los términos siguientes: *el mayor desorden á que se expone una sociedad en tiempos de crisis, es el que resulta de impedir eficazmente las variaciones libres y espontáneas del valor.*

Los arreglos sociales determinan las variaciones del valor y la base de éste, y en ambos casos obedecen á un mismo móvil: *atribuir al productor la equitativa remuneracion de sus servicios*; así vemos que se pronuncia en alza una mercancía, permaneciendo todo lo demás en las mismas circunstancias cuando su produccion disminuye; al paso que la vemos pronunciarse en baja, cuando sucede lo contrario; y eso porque la remuneracion del productor, que no gasta sino poco más ó ménos para resultados diferentes, seria insuficiente en el primer caso y excesiva en el segundo si la remuneracion fuera la ordinaria de productos normales.

Nos pareceria más exacta esta afirmacion si tratáremos de estudiar la distribucion: pero desde luego se deja ver que dá testimonio del notable acuerdo que existe entre las variaciones del valor y el principio que haee dependa éste, hasta cierto punto, de los gastos de produccion; y decimos hasta cierto punto solamente, porque, á nuestro juicio, si bien el valor *minimum* se halla en estrecha relacion con los gastos de produccion, no le creemos tan ligado á estos cuando nos referimos á los valores más elevados. En efecto, cuando 100 en un caso y 120 en otro son los resultados de una misma explotacion, es evidente que el costo difiere para cada una de esas dos cantidades, y que, alzando en el primer caso y bajando en el segundo, el valor varía con arreglo á ese principio.

No debe sorprendernos tal fenómeno, puesto que ese principio es eminentemente equitativo, y no es de extrañar por lo mismo que domine los arreglos sociales; que tienen en mira ante todo la equidad; sin embargo, no siempre es posible la aplicacion en toda su pureza, por la sencilla razon que, así en sociedad como en el aislamiento, el hombre se encuentra muchas veces en el compromiso de optar por el menor entre dos males conocidos, y hé ahí por qué no basta ese principio por sí sólo para darnos cuenta de todos los fenómenos económicos que se relacionan con el valor. Por ejemplo, en el caso muchas veces citado de un déficit de trigo, la equidad sólo reclamaria una alza del valor, tal que los productores y los consumidores sufriesen por igual la carga involuntaria que el déficit ocasiona; pero ya sabemos que no es ni puede ser así, por lo

ménos en las condiciones actuales de nuestra economía.

Las variaciones del valor manifiestan, pues, como venimos diciendo la solaridad, á que se hallan ligadas, no solo los miembros de esta ó aquella sociedad, sino las mismas sociedades entre sí, cuando directa ó indirectamente se hallan unidas por el comercio. Pretender evadirla es una locura, y pretenderlo, á usanza de los proteccionistas, esto es, aprovechando de ella lo beneficioso solamente, es á la vez locura é iniquidad. Cuando un productor se engaña, la sociedad es solidaria de su error: pero, no lo permite engañarse indefinidamente; y, en cuanto es posible, le hace responsable de su error; ¿Qué sería de ella, si permitiera turbar impunemente el orden económico, tal cual lo conciben y desean todos sus miembros, si cada grupo de productores pudiera aumentar ó disminuir á capricho su producción? Verdad es que se evaden muchas veces de la sancion de los principios que se dirigen, y que la burlan, puesto que todos los monopolios instituidos por las leyes, ó á su abrigo, no son otra cosa que artificios para burlarla, téngase ó no conciencia de ello: pero, es también verdad que, cuando se tiene conciencia de esos artificios, la indignación aparece extremada. Conocida es por todos la severidad de la opinión pública, y lo terrible é imponente que se manifiesta, respecto á esas inícuas combinaciones que sólo tienen en mira el alza facticia de las mercancías, sobre todo cuando estas responden á la satisfacción de las necesidades más imperiosas. Desgraciadamente, la conciencia pública se extravía en muchas ocasiones: pero eso no debe admirar á nadie; puesto que los que se dicen sus directores son los primeros que se extravían, y los primeros que la extravían.

La regularidad, uniformidad y constancia con que se cumplen siempre en circunstancias dadas los fenómenos relativos á la determinación del valor y sus variaciones, manifiestan patentemente la existencia de una ley del valor, á la cual obedece necesariamente todo eso, y corrobora [aún su existencia, la inutilidad de los esfuerzos empleados para oponerse á sus prescripciones. Conocida es la impotencia, bajo el punto de vista de su objeto de las leyes llamadas del *máximum*, de la prohibición de la salida de los metales preciosos, de la pretensión absurda de fijar sus valores, las leyes limitando la tasa del interés, las destinadas á proteger la industria por otros medios que no sean la libertad y la seguridad, y de otras muchas disposiciones, cuyo menor mal es el de contrariar siempre la actividad del trabajo. Se conoce igualmente la persistencia de todas las crisis comerciales, financieras ó monetarias á seguir su curso, á pesar de los pretendidos remedios para conjurarlas. Todo esto,

lo repetiremos, prueba la existencia de una verdadera ley natural (no las hay sobrenaturales) que no es otra cosa que la resultante invariable (por lo menos en un tiempo dado que puede durar siglos) de fuerzas de todo el mundo dirigidas hácia un mismo objeto; esto es, al bien, tal cual lo concebimos y deseamos todos. Bajo este carácter, no se puede desconocer la moralidad del valor; como se reconoce igualmente en que, cuando por sus variaciones, se aleja del término equitativo, que remunera el trabajo, es para repartir el bien ó el mal entre el mayor número posible de individuos, á manera de los seguros mútuos. Cuando, en contradicción aparente con la tendencia que acabamos de atribuirle, que le es esencial, favorece á determinadas personas la variación, como sucede con los productores de trigo en tiempos de escasez, ó con los propietarios cuando ocurre el fenómeno que Ricardó llamo *renta*, consiste en que una necesidad más imperiosa que la de la repartición por igual, no permite otro procedimiento. Sin embargo, aún en estos casos particulares, se hacen las mejores transacciones posibles con ciertos males inevitables, y con el azar de inmerecidas prosperidades. La ley del valor es, pues, una ley *moral*, y por lo mismo igualitaria, como se dice hoy. Y esto es muy natural, puesto que la desigualdad lisongea á los superiores, y no puede lisongear á los inferiores, que son infinitamente más en número: por consiguiente de la natural tendencia de estos á elevarse al nivel de aquellos, debe resultar una fuerza capaz de hacer desaparecer la desigualdad: y semejante fuerza, constante y regular en todos sus efectos, tiene todos los caracteres de una ley natural.

XI

Al ocuparnos de las *variaciones del valor*, hemos manifestado las razones que encontramos para que los valores suban ó bajen en cierta medida, cuando varían las condiciones de la producción ó del consumo, á consecuencia de las disposiciones tomadas por cada consumidor, y por cada productor, á quienes afectan las variaciones en bien ó en mal. *Los arreglos sociales* no son otra cosa que las resultantes de semejantes disposiciones; pero tomadas por todos, siempre que interesa á la economía social. Bajo su inspiración, bajo su imperio, es decir, bajo el imperio de las fuerzas inteligentes que concurren á tomar esas disposiciones, se cumplen todos los hechos del orden económico, y de ahí que pueda explicarse satisfactoriamente, que dominen todas las pretensiones individuales, y que revistan ese carácter de estoicismo absoluto, que no tiene cuenta, ni con las combinaciones, al parecer, mejor concebidas, ni con las esperanzas

más legítimas, ni con los dolores más dignos de piedad.

Pero á pesar de todo eso, por desgracia, no es posible negar que son varios los casos en los cuales algunas individualidades poderosas consiguen alterar sensiblemente sus disposiciones; pero no son muy duraderas, no son permanentes, por lo ménos, semejantes influencias; y en otro caso, constituyen monopolios, falseando la economía natural de las sociedades. Todas las leyes que constituyen privilegios, las proteccionistas, las que limitan el valor ó la tasa del interés, etc., etc., constituyen otras tantas especies de monopolios, con los que no pueden armonizarse los intereses generales de la sociedad; puesto que los arreglos sociales, que jamás los establece espontáneamente, tienden siempre á neutralizar sus efectos en lo posible.

Algunos ejemplos, tomados de un orden de hechos muy conocidos, manifestarán con claridad lo que son en sí mismos esos arreglos sociales, cuya acción general es tan imponente, y aun se podría decir tan misteriosa, y la fuerza inteligente que los engendra.

Nadie, que no sea insensato, pródigo ó incapaz, deja de arreglar su fortuna de tal manera, que sus gastos no excedan á sus recursos, por lo ménos de un modo continuo. Sea rico ó no, y sus ingresos en progreso, en decadencia ó estacionados, y consistan en salarios, ganancias ó rentas, lo general es que sea así. Los Gobiernos bien establecidos tampoco proceden de otro modo. Y, si penetramos más en el arreglo particular de las fortunas, luego se reconoce que se regulan los gastos segun cierta categoría de urgencia, en armonía con la naturaleza de las necesidades, y que hasta estas se clasifican de una manera análoga. Pero el orden de categoría en las necesidades y en los gastos no es el mismo para todos; difiere segun las fortunas, los hábitos, las preocupaciones y las circunstancias; sin embargo, cualquiera que sea ese orden, siempre domina en la distribución de la fortuna respectiva.

"Los hombres, dice J. B. Say, en su calidad de consumidores, hacen una especie de clasificación de sus necesidades segun el grado de importancia que dan á la satisfacción de cada una de ellas; y es una consideración moral de gran importancia esa clasificación cuando es juiciosa... Es un hecho que se satisfacen con preferencia determinadas necesidades, como lo es en general que esa preferencia es debida á los hábitos adquiridos ó al impulso del momento. Lo cierto es que todos hacemos preferentemente tal ó cual gasto, y cuando llegamos al límite de nuestros medios, sean cuales fueren, los suspendemos, por la sen-

"cilla razón de no poder gastar más. Esa preferencia acordada á ciertos productos, á comenzar en general por los más indispeusables, forma la demanda general de tal ó tal producto." *Tercer partie, ch. 4.º. cours complet.*

En virtud de su economía individual, cada uno demanda tanto de tal producto, tanto de tal otro, etcétera, y esta demanda es tanto más estable y regular, cuanto es más imperiosa y permanente la necesidad que se trata de satisfacer. Por consiguiente, la demanda de cada uno es más estable y regular, en lo que concierne al alimento ordinario, á la vivienda y al vestido diario. Sin embargo, como la conservación de la vida no depende tan inmediatamente del vestido y de la habitación, como del alimento, la demanda de este es la más estable y regular. En cuanto á las demandas que tienen por objeto la satisfacción ó satisfacciones, de las cuales no depende indudablemente la vida, bien que puedan consistir en alimentos, habitación ó vestido, son tanto ménos estables y regulares, segun que respondan á la idea que cada uno se forma de su necesidad.

Cuando por accidentes que alteran la producción y las necesidades por consiguiente, cada uno se ve obligado á modificar su presupuesto lo hace, siempre en mira del orden gerárquico que se ha trazado; así que comienza por restringir ó por suspender la demanda de los objetos que juzga ménos necesarios, si la modificación exige restricciones ó por aumentar la demanda de los que juzga más necesarios, si la modificación lo permite.

A pesar de la gran diferencia que suele haber en la economía particular de gastos entre diferentes individuos en un tiempo dado, ó en un mismo individuo en tiempos diferentes, la economía social de gastos, tomada en totalidad ó en conjunto, nos presenta hechos generales notablemente regulares.

"Por ligero y variable que nos parezca el hombre individualmente considerado, dice Rossi; por singular, extraña y contraria á sus intereses que pueda ser en un caso dado la conducta de un individuo, siempre aparecerá que, tomando á todos los hombres en masa, nada sea más uniforme y constante que sus acciones en la esfera de lo útil, que la determinación de sus voluntades en las materias en que pueden sin oposición ni remordimientos, obedecer al móvil del interés." *Cours tom. I, seccion 5.ª*

Cualesquiera que sean, pues, las diferencias individuales, siempre existe en la sociedad una grande homogenidad de necesidades, y por consiguiente, una gran regularidad de gastos. Todos, ó casi todos, bajo una ú otra forma, y con más ó ménos acesorios arbitrarios, gastamos para alimentarnos, granos, carnes, frutas, legumbres, sal,

azúcar, etc., etc.; para habitación, madera, hierro, piedra, tierra, etc., etc.; para vestirnros, algodón, lana, lino, seda, cuero, etc., etc.; en fin, fuerzas para el trabajo, y metales preciosos para el cambio. Para todas estas cosas, salvo acontecimientos fortuitos, como los que engendran las crisis, las guerras, etc., no varía sensiblemente la demanda de uno á otro año, ni aun en períodos más largos.

La demanda de estos objetos indispensables, es, por decirlo así, el alimento fundamental y permanente de todas las industrias que, suceda lo que sucediese, no se las puede suprimir enteramente, porque depende de ellas la vida de todos, y por eso son, como antes hemos dicho, estables y regulares. Sin embargo, su estabilidad y regularidad no son sino relativas; pero cuando dejan de serlo sensiblemente, consiste, sin duda alguna, en que la sociedad se halla muy perturbada y en grave sufrimiento.

A estas demandas se unen otras muchas, que ocupan también un lugar importante en la economía general; pero sus fluctuaciones, á pesar de la gravedad extrema que puedan tener para las categorías particulares de los productores, cuyo trabajo alimentan, no perturban tan profundamente la sociedad; estas demandas, son, en particular, las que se relacionan con el lujo, bajo todas sus formas, y todas las que se refieren á la moda, cuya esencia es el variar. Evidentemente que la sociedad no aparenta sufrir mucho con las variaciones de la moda, puesto que ella las crea ó las admite voluntariamente; sin embargo, es fácil observar que no les presta mayor atención en momentos de crisis.

Pero dadas esas demandas, la producción debe satisfacerlas; por consiguiente, el trabajo debe también dividirse conforme á las exigencias de éstas, y á sus propias exigencias. Considerados en globo los arreglos sociales, que tienen en mira la producción, son prodigiosamente complicados, y no parece posible que el análisis nos dé cuenta de ellos. Para quien quisiera tomar razón de todas sus relaciones, sería, en efecto, tan imposible, como agotar la mar. Y hé ahí precisamente la razón que tenemos para creer que es soberanamente presuntuoso y absurdo el propósito de organizar artificialmente el trabajo; pero si se pregunta á cada productor en particular, luego se reconoce que procede con razón suficiente al moverse en su esfera peculiar, y que el orden general resulta de las condiciones de todos, pero aisladas, sin que sea necesario que cada uno tenga en mira este orden general.

Si preguntamos á un agricultor, por ejemplo, por qué dispone su cultivo para que produzca tanto

trigo, tanta cebada, maíz, etc. nos dirá; que procede así porque lo exige la naturaleza de sus tierras, y además porque esos frutos han alcanzado buenos precios en años anteriores. Si se engañase y perdiese en ello, de seguro que modificará su arreglo particular. Quizá habrá quien dude que los arreglos particulares de la producción se funden en apreciaciones tan inciertas: pero lo cierto es que no pueden fundarse mejor, como lo es igualmente, que las perturbaciones no proceden en general de los errores del productor en sus apreciaciones particulares, por lo ménos en la agricultura; y, en todo caso, no sería temerario asegurar, que, esas apreciaciones serían tanto más razonables y valederas cuanto más libres, y por lo mismo más responsables fueren los productores.

En las industrias manufactureras se guían los productores por el despacho ordinario de sus productos y por sus precios corrientes; y claro es que no se proponen producir mayor cantidad de la que creen poder vender, y mucho ménos producir con temores de pérdida. Cuando la demanda aumenta se elevan los precios y tras esto la producción; cuando bajan los precios es señal que disminuyó la demanda por regla general, ó que la producción ha logrado algún progreso; en el primer caso disminuye también la producción, y en el segundo aumenta de ordinario la demanda. Nada hay más sencillo, más claro, más elemental que semejante mecanismo. Y puesto que eso no sea dudoso para nadie que no carezca de sentido común, ¿cómo se puede concebir que haya ningún Gobierno, ni publicista alguno que pretenda reemplazar tan maravilloso como espedito mecanismo, que no cuesta un céntimo á nadie, con una reglamentación complicada, cuya práctica demanda muchos gastos, muchos trastornos, y siempre oscura é incierta.

En análoga situación que el productor se encuentra el comerciante: conoce su venta y su ganancia corriente, y á eso arregla sus compras; éste, como el fabricante, puede ser temerario, y lo son con frecuencia, cuando se salen de los datos que les proporciona su esfera particular, y cuando en mira de una especulación más ó ménos regular, pretenden apreciar resultados generales de la alteración de las condiciones ordinarias de la oferta y la demanda. En semejantes casos se engañan muchas veces y son los primeros que padecen por su temeridad. Los ejemplos de esta clase de contratiempos son, por desgracia, demasiado comunes, y de ello se puede deducir con facilidad lo que sucedería á especuladores colocados, como podrían estarlo, en peores condiciones para semejantes apreciaciones, aún cuando tuvieran en mira [el interés general. De cualquiera manera que sea, esta temeridad ejerce poca acción en la economía genera

cuando los tiempos son normales; además que, en tales circunstancias no tiene ocasión á presentarse, y, por consiguiente, no puede ser responsable de las crisis por sí sola.

La producción y el consumo, como acabamos de ver, tienen cada uno de por sí reglas conocidas á qué atenerse: pero eso no es lo suficiente; es preciso saber cómo se ponen de acuerdo esos dos grandes fenómenos económicos, lo cual, á nuestro parecer, no es en extremo difícil: en efecto, ¿quién no ve que los productores y los consumidores se reúnen y entienden en el mercado común y general de los cambios? ¿Que en ese mercado, por medio de lo que se llama oferta y demanda, conocen recíprocamente cuando les concierne é interesa, lo cual sirve de guía ó de datos preciosos á cada uno de ellos para determinar su arreglo particular? ¿Quién no ve que unos y otros reciben la misma luz, el impulso de un mismo poder, que una sola inflexible autoridad los premia ó les impone la pena; cuya luz, impulso y autoridad no son otra cosa que el interés común, expresión de todos los intereses particulares, libremente debatidos y reprimidos los unos por los otros en lo que tienen de exagerados? ¿Qué motivo de admiración hay, por consiguiente, al ver que existe entre productores y consumidores, cuando el legislador no toma en ello mano, acuerdo, armonía, solidaridad; en una palabra, sociedad; y que dependen los unos de los otros, sin que ninguno se imponga á los demás?

En cuanto al valor, tampoco es difícil ver que sale de esas discusiones que, en el mercado de los cambios, sostienen productores y consumidores, sin que la arbitrariedad tome en ello parte á no ser, lo repetiremos, que el legislador ponga en ello su desgraciada mano. Ninguno determina ese valor, todos concurren á ello y todos lo admiten. Si el consumidor no quiere pagar el precio remunerador, la producción decae ó desaparece. Si el productor es muy exigente ó no produce á precio aceptado por la sociedad, el consumo cesa á su vez y nadie en ambos casos tiene derecho á quejarse de violencia.

Si al hombre que poseyera el génio más eminente, el saber más vasto, el carácter más activo, desinteresado y generoso se le entregara un territorio extenso, con algunos millones de almas y capitales suficientes para constituir una sociedad industrial y mercantil, desde luego se puede asegurar que, lejos de constituirlo, ese pueblo, confiado á la solicitud de tan excepcional personaje, ó perecería ó se dispersaría, ó se organizaría por sí mismo, en virtud de las aptitudes particulares de cada uno. Y hé ahí por qué eso que llamamos *colonias*, que algunos quieren constituir inmedia-

tamente, fracasan siempre, por lo ménos, como las quieren establecer sus fundadores. No se han formado de ese modo sociedades civilizadas; han comenzado, como todo lo que vive en la naturaleza, por constituirse elementalmente para desarrollarse más tarde fisiológica y mecánicamente á la vez. Fisiológicamente en virtud de sus propias fuerzas, y mecánicamente por medio de agregaciones que le vienen de otras sociedades. Cada elemento nuevo que se viene á unir al organismo antiguo, tiene preparado de antemano el puesto que debe ocupar, el papel que debe desempeñar. En cuanto al organismo antiguo, conserva en los elementos que le constituyen, sus tradiciones, sus hábitos y las exigencias particulares que lo distinguen.

Las diferentes funciones, que se desempeñan en esa sociedad, reclaman cada una de por sí cierta suma de conocimientos generales y especiales, cuya adquisición exige algunas veces una gran parte de la vida humana; y eso basta para medir la locura que supone la presunción de un individuo de saber él solo lo que deben saber entre todos, y de saberlo mejor que todos juntos.

Los arreglos sociales son, pues, todas esas disposiciones que, á fin de satisfacer sus necesidades, toman los hombres juntos y separados: pero, solidariamente, aunque no lo quieran, cuyo conjunto ó resultante constituye lo que podemos llamar la fuerza social, á la cual todos estamos sometidos. Esta fuerza es esencialmente inteligente, ó sea puramente moral. Cuando interviene la arbitrariedad para alterar los arreglos sociales, procede de la misma manera que las voluntades libres que perturba; las constituye hasta cierto punto: pero, no cambia la esencia moral de la fuerza voluntaria que resulta. Se comprende mal generalmente lo que no tememos llamar resultantes de fuerzas morales; sin embargo, es evidente que existen, como existen las de las fuerzas mecánicas; y á semejantes resultantes solo se pueden atribuir esos fenómenos que admiran á [no pocos observadores, porque no comprenden que respondan á las fuerzas iniciales que los produzcan, únicas que se presentan al espíritu cuando se aprecian los efectos.

X...

(Concluirá).

LA NIÑA ENFERMA.

I.

Corria el año de 183... Me habia incorporado á mi regimiento, que se dirigia á marchas forzadas sobre la faccion de Gomez. Era una hermosa tarde del mes de Mayo y habíamos llegado al pueblecito de... tan fatigados por nuestra precipitada marcha, como por el calor que en aquellas llanuras de la Mancha se dejaba sentir, á pesar de lo poco avanzado de la estacion. Debíamos pasar allí la noche, y á cada cual le fué señalada la casa donde debia alojarse. Yo fui destinado á una, situada en la misma plaza, que por su aspecto me daba buenas esperanzas de ser en ella bien tratado.

Sin pérdida de momento, y aguzado por el hambre y la sed, llamé y presenté á la que me vino á abrir, mi boleta. Era una mujer joven todavía, y en su rostro, ajado por los rigores de la intemperie, dejaban descubrir aun rastros de belleza.

—¿Viene usted sólo á esta casa?—me preguntó.

—Que yo sepa, sí,—la respondí.

—Puede usted entrar cuando guste.

No me hice rogar y penetré decidido á exigir á aquella ciudadana el cumplimiento de todos los deberes de la hospitalidad.

Si agradable era el aspecto de la casa en el exterior, no lo era ménos en el interior. La limpieza, con su inexplicable perfume, llenaba todos sus ámbitos y el orden perfecto con que estaban colocados todos los muebles, revelaba no poco gusto en la dueña.

Apenas me senté, me preguntó si queria comer en seguida, y á mi respuesta afirmativa, colócame delante una mesita de pino blanco y sobre ella un no ménos blanco mantel.

Me chocó no ver en la casa á nadie más que á la que me servia, é impelido por la curiosidad la pregunté si estaba sola. Dos lágrimas fueron la única respuesta que recibí, y un religioso silencio, inspirado por una lástima desconocida, siguió durante largo tiempo á mi pregunta.

—Yo siento, patrona,—la dije,—si he despertado en Vd. recuerdos dolorosos, y excuso decirle que no ha estado en mi ánimo el hacerlo.

—Su pregunta de Vd. es natural,—me contestó,—y tal la creo, que voy á satisfacer el deseo que tendrá de conocer la causa que me ha hecho verter esas lágrimas.

—Crea Vd.,—repliqué yo,—que agradezco la confianza que de mí hace, que desearia poder aliviar sus penas, y que, á pesar de mi curiosidad,

preferiré no saber nada antes que aumentarlas con tristes recuerdos.

—Yo era muy feliz,—empezó,—tenia cuanto se puede desear. Mi marido era trabajador y honrado, y correspondia exageradamente al inmenso cariño que yo le profesaba. Dios puso el colmo á nuestra dicha concediéndonos una hermosa niña á las once meses de nuestro matrimonio, y en muchas ocasiones, cuando de vuelta del trabajo, mi pobre Juan nos contemplaba á ella sobre sus rodillas y á mí su lado, solia decir que era tan feliz, que creia firmemente que aquella vida no duraria mucho. Tenia razon; cinco meses despues, una pulmonía le arrebató de mis brazos, dejándome como único bien sobre la tierra aquella niña, fruto de nuestro santo amor, reflejo de nuestras risueñas esperanzas.

Un gruñido con que quise disimular un ahogado sollozo, fué todo que se me ocurrió contestar á aquella pobre mujer.

—No consolada,—prosiguió,—pero sí resignada, me dediqué con ahinco al cuidado de mi hija de mi alma, y sin tener que preocuparme del necesario sustento, porque mi hacienda me basta para vivir, dias y noches las he dedicado al cuidado de ese ángel. Hoy mi desgracia es mayor, y creo firmemente que no podré vivir mucho tiempo. Mi hija,—y al decir esto la ahogaron las lágrimas,—está mala, muy malita, y en sus ojos tristes me parece ver que se despide de mí para ir en busca de su padre.

—No será nada,—balbuceé yo,—las enfermedades de los niños vienen con tanta facilidad como se van, y tal vez un buen médico...

—La han visto los mejores del pueblo y ninguno me da esperanzas: uno sólo falta que la desahucie y si ese lo hace, mi pobre niña no tiene remedio.

—¿Quiere Vd. que vaya yo ahora mismo á buscarle?—la dije impelido por el interés que me inspiraba su desgracia.

—El médico á quien me refiero está aquí.

—¿Aquí?

—Aquí y en todas partes; es ese,—dijo señalándome una hermosa estampa de Nuestra Señora del Olvido, colocado en el testero principal de la sala.

Mi fe en los milagros no era muy grande, y mis ideas religiosas eran sumamente pálidas de color. Las creencias puras de aquella pobre mujer, sin dejar de admirarme, me parecian un remedio poco eficaz para la pobre niña.

—¿No seria mejor,—insistí,—en que el médico de mi regimiento la viera?

—Es inútil,—replicó,—sólo la Virgen me la puede salvar.

Eran las nueve de la noche y el sueño empezaba á rendirme: la mujer lo conoció y me hizo entrar en un cuartito, al lado de la sala en que estábamos, donde me habia preparado la cama.

Dí las buenas noches, besé á la niña, que su madre habia colocado en su cama debajo del cuadro de la Madre de Dios, entré en mi cuarto, colocado precisamente en frente, me acosté instantáneamente me dormí.

II

No sé qué hora seria de la noche cuando me desperté. Habia tenido un sueño agitado, pensando en la niña enferma, y mi cuerpo, sobradamente descansado, animado por mis deseos, saltó del lecho. Me vestí con el propósito de acompañar á la pobre mujer que me daba albergue, y ya me disponia á salir, cuando un grito desgarrador de la madre pareció clavarme en el sitio en que estaba, y sólo tuve fuerzas para levantar un poco el visillo de tul que cubria las puertas de cristales de mi cuarto é indagar la causa de aquel quejido. De rodillas, juntas las manos, con la mirada errante desde la cuna al cuadro de la Virgen, aquella infeliz era la imágen de la desesperacion. Hablaba y presté oído á sus palabras:

Virgen Santa,—decia,—no me dejes sola sobre la tierra: mátame antes, házme siquiera el bien de que acompañe á este pedazo de mis entrañas. De repente cambiaba de tono y proseguia:—Abre los ojitos, hija mia, mírame, ¿ya no me quieres? Si te pones buena yo te compraré un muñeco con cascabeles de los que venden en la feria, y unos pendientes azules y unas estampas de santos: mírame, niña mia, mírame, ponte buena, ¿no ves que quitas la vida á tu madre?

Yo sorbia lágrimas que era un gusto, y aquellas sencillas palabras me conmovian más que el estampido del cañon.

—Yo sé que todo lo puedes,—volvió á decir,—sé que si quieres, mi hija sanará. Si sana, yo llevaré á tu altar de la ermita dos velas rizadas, iré á pié y descalza á llevártelas, vestiré tu hábito toda la vida, no habrá sacrificio que yo no intente, oracion que yo no rece, placer al que no renuncie, pero con mi hija, Virgen María, con mi hija.

De repente aquella mujer cambia de rostro, se levanta, descuelga el cuadro y empieza á abrazarlo y besarlo con efusion. Ella reia, lloraba, saltaba, todo á un mismo tiempo.

Temiendo que su razon se hubiera extraviado con tantas emociones, salí precipitadamente de mi cuarto y me dirigí hácia ella.

Al verme rompió á llorar, y señalándome la niña, me dijo sonriendo á través de sus lágrimas:

—Ve usted, mi hija ya está mejor, la Virgen la ha salvado.

Fijé mis ojos en la cuna, y con asombro ví que la niña, con una sonrisa encantadora, clara la vista y moviendo sus manecitas, miraba á su madre como tranquilizándola y animándola. La toqué y advertí que la fiebre habia desaparecido, y á pesar de mis pocos conocimientos médicos comprendí que, en efecto, la salud volvia á aquel cuerpecito delicado.

El toque de llamada vino á terminar esta escena conmovedora, y despues de darla las gracias por su hospitalidad y la enhorabuena por el alivio de aquel angelito, salí á reunirme con mi regimiento.

III

Caminaba silencioso al lado de mis compañeros y pensaba en los acontecimientos de la pasada noche.

Entonces y mil veces, en el trascurso de mi vida, he visto que en el mundo hay una felicidad de que todos podian disfrutar y que muy pocos aprovechan: la felicidad que proporciona la fe.

Con la fe curó la niña enferma, con la fe la vida embellece, con la fe no hay mal eterno.

¡Bendita sea la fe!

LUIS DE SANTA ANA.

UN DRAMA EN EL DESIERTO. *

En aquel momento hablaban del Africa; Gomez sufría tormentos indecibles, por que su escasa instruccion no le permitia alternar en el diálogo y maldecia la hora en que tan apático se habia mostrado para adquirir la erudicion de que hacia gala Meneses.

—Comprendo, señorita,—decia éste,—que hayais dejado las soberbias calles de Lóndres para visitar este rincon del mundo, para aspirar esta embalsamada atmósfera del Oriente, para ver el sol siempre jóven, siempre radiante y el cielo siempre puro del Africa.

¿No os parece, como á mí, que este nombre de Africa tiene un encanto irresistible que atrae, que excita la curiosidad y exalta el deseo? ¿No encontráis en esas seis letras algo vago, misterioso, desconocido, que no tiene ningun otro país?

—Es verdad,—replicó miss Débora,—siempre me ha hecho el efecto de uno de esos cuentos fantásticos que me contaba mi aya cuando era pequeña

* Véanse los números 202, 203, 204, 205, 207, y 210, págs. 23, 59, 91, 125, 183 y 283.

y que hacian las delicias y el terror de mi niñez. Africa, para mí, era la tierra de los magos, de los géneos poderosos, de las grutas y palacios encantados de *Las mil y una noches*; era el país en cuyos feraces campos hizo brotar Homero el *loto*, cuyo dulce fruto borraba de la memoria de los que lo comian, el recuerdo de la patria; al desembarcar en la Goleta, os confieso mi necesidad, esperaba ver el jardín de las Hespérides, sentarme á la sombra del precioso árbol cuyos frutos fué Hércules á recojer, queria visitar el palacio de los Gorgones, cuyas puertas forzó Perseo; á cada momento creia ver los monstruosos bueyes de los Garamantos que, segun Herodoto, tenian unas astas enormes; en una palabra, creia haber llegado al país de los sátiros faunos, monocolos, leocrotos y todos esos animales maravillosos de que nos has blan Pomponio Mela, Straban y Plinio.

—Y bien, ¿os ha disgustado el país?

—Lo encuentro bellissimo, pero no he visto ni el famoso Kumrah, hijo del asno y la vaca que el doctor Schaw, más feliz que yo, encontró hace trescientos años en Argel, y hasta para colmo de desventuras ni los leones han hecho la reputacion de Gerad.

—No es extraño que no hayais encontrado ninguno de cuantos animales fabulosos habeis citado; pero los leones puedo aseguraros que existen.

—¿Muy lejos?

—A pocas jornadas de Túnez.

—Dios lo quiera, porque lo que hasta ahora he visto no me satisface.

—¿Pensais quizá ir á cazarlos?—preguntó Meneses con alguna ironía.

—Precisamente á cazarlos no, pero si se presentaran no dejaría de disparar sobre ellos mi escopeta,—contestó miss Débora, blandiendo su cuchillo con cierto aire maton que le sentaba perfectamente.

¿Creeis, acaso,—prosiguió,—que, porque soy mujer no sé manejar un caballo, saltar un foso, encontrar una pista y poner una bala en el blanco con el mismo acierto que un hombre?

—No os suponía esos talentos, pero aplaudo que los tengais, pues en este país os pueden ser muy útiles.

—Hasta ahora no he cazado más que liebres, corzos y algun jabalí; mas como adoro con pasion la caza, os aseguro que no me iré de este país sin llevarme como trofeo la piel de un leon.

Gomez estaba admirado, absorto, loco de entusiasmo; la inglesa acababa de crecer á sus ojos de un modo fabuloso. Ya no era para él una mujer bonita: era una deidad.

Si hubiera sabido la mitología la hubiera comparado con Diana cazadora, reservando para sí el

papel de Endimion; pero como no la conocia, ó por lo ménos la habia olvidado, ya se contentaba con devorarla con los ojos, con esa curiosidad respetuosa y entusiasta con que se contempla á un sér superior.

—Por lo demás, no vayais á cree,—seguia diciendo miss Débora,— que sólo el deseo de la caza es el que me obliga á visitar algo del interior de la regencia.

—¿Pensais visitar el interior?

—Ciertamente; no he venido de Inglaterra para ver una ciudad algo más fea y súa que las nuestras, ni para pasearme por campos cultivados con esmero, llenos de olivos como los de Andalucía, y surcados por carreteras llenas de polvo.

Ya que he venido, es preciso que vea al Africa tal como es, tal como yo la he soñado, y que me asome siquiera á la frontera del desierto.

Miss Débora se expresaba con entusiasmo, los dos amigos la escuchaban con placer, y la conversacion hubiera continuado largo tiempo por el mismo estilo, si una circunstancia imprevista no hubiera venido á torcer su curso, poniendo á Gomez en escena cuando ménos lo pensaba.

Diana, á la cual acababan de sacar del cuarto con objeto de darla de comer, habia sentido la voz de su amo y corrió presurosa al comedor para manifestarle, con sus fiestas, todo el placer que sentia al volverlo á ver.

Despues de acariciar bien á su dueño, que no fué escaso en halagos, volviése hácia la inglesa, y empezó á saltar á su lado como si fueran antiguas conocidas, mostrando tanta alegría, que Meneses preguntó:

—¿Conocíais á Diana?

—Ya lo creo,—contestó miss Débora riendo,— somos antiguas amigas y compañeras de viaje. ¿Acaso es vuestra?

—Pertenece á mi amigo.

Gomez, obligado á hablar, se puso colorado hasta las orejas, y murmuró algunas palabras incoherentes, lugares comunes que nada quieren decir, palabras que apenas se pronuncian, pero que están siempre al servicio de las personas cortas de génio.

Esto no quiere decir que nuestro héroe fuera tímido; antes al contrario, era tan alegre como el primero, y no se cortaba fácilmente delante de las damas; pero es menester que se tenga en cuenta que las circunstancias hacen á los hombres y que no todos los héroes, cuyos grandes hechos registra la historia, hubieran llegado á serlo si esa poderosa hechicera, á quien llamamos casualidad, no les hubiera allanado el camino.

Ahora las circunstancias habian variado por completo para Gomez.

Estaba enamorado, ciego, fascinado, casi loco, y aquella pasión violenta que acababa de estallar en su pecho con imponderable fuerza, invadía todo su ser, le privaba de todas sus facultades, lo transformaba casi en idiota, embargaba su lengua, y no le dejaba libertad más que para devorar á la linda inglesa con la vista, y admirar sus encantos.

Meneses, convencido de que su amigo, cuya poca instrucción conocía, no podría seguirlos en la erudita disertación que sobre el Africa había empeñado, gozaba con su silencio y seguía perorando con entusiasmo. También á él le había gustado miss Débora, primero, porque realmente era una muchacha lindísima, y después, porque parecía rica, lo cual jamás hace daño á las jóvenes casaderas.

Pobre comisionista, su porvenir se presentaba bastante incierto: sólo un matrimonio ventajoso podría asegurarlo, y Meneses, que no dejaba de tener ambición, decidió tentar la empresa de conquistar para sí el corazón y la mano de miss Débora, declarándose rival de Gomez, á quien quería eclipsar con su charla.

Pero miss Débora, con ese instinto tan sutil que tanta fuerza presta al sexo que hemos dado en llamar débil, comprendió, ó por mejor decir, presintió desde el primer momento las intenciones de aquellos dos hombres.

Es difícil que una mujer ignore que es amada; no es preciso dirigirla la palabra; tampoco necesita largo tiempo para saber la impresión que ha causado; con una sola mirada, con un golpe de vista rápido, fugaz como el relámpago que rasga el horizonte en las noches de verano, sabe si ha inspirado amor, y hasta puede apreciar sus grados.

En este punto la mujer jamás se equivoca, es infalible.

Sucede á veces, que deslumbrada por la figura, por el talento, por las riquezas ó seducida por otra cualquier circunstancia, elige entre sus adoradores á aquel cuyo amor es más tibio, despreciando al que la adora con pasión: pero esto no quiere decir que desconoce los quilates que tiene el amor de cada uno de sus pretendientes; al contrario, los ha contado perfectamente y con conocimiento de causa ha elegido lo peor, porque si no no sería digna hija de la que se dejó engañar por la serpiente.

Pero en este caso miss Débora encontraba reunidas en Gomez la mejor figura, el mayor cariño, y queriendo saber á qué atenerse sobre sus cualidades morales, aprovechó la llegada de Diana para poner la conversación sobre otro terreno y hacer hablar al joven.

Este, poco á poco se animó, al verse tratado con bondad, desterró su importuno encogimiento, se mostró tal cual era; es decir, franco, alegre, decididor, haciendo ver que si no poseía una vasta erudición, estaba en cambio dotado de un talento claro y de un criterio prudente y justo sobre todas las cosas.

También es verdad que hablaban de perros y de cacerías, que en estos asuntos era Gomez de los más instruidos, y que tanto miss Débora, como su padre parecían por lo ménos tan aficionados como él al arte venatorio.

Viendo Meneses que la conversación se prolongaba demasiado y que quedaba relegado al segundo lugar, lo cual no entraba en sus miras, hizo notar que la tarde estaba excelente para dar un paseo, y propuso que fueran á visitar á *Sidi-jattalak*.

—¿Qué es eso?—preguntó miss Débora.

—Un santo, cuya ermita dista un cuarto de legua de la ciudad.

—Entonces, ¿podremos ir á pié?

—Si no teméis cansaros.

—¿Acaso os figurais que soy una niña? Preguntad á mi papá y vereis cómo os contesta que no temo á la fatiga.

Diciendo esto se puso miss Débora el sombrerito, y, cogiendo el brazo de su padre, salieron los cuatro de la fonda, precedidos de Diana, que corría saltando delante de ellos para demostrar el placer que experimentaba al verse libre.

No lejos de la fonda, y al lado de la casa que ocupa el consulado general de España, hay una brecha en la muralla, por la cual salieron al campo, tomando la carretera que conduce á *Hammam Lif*.

A la izquierda se extendían las azules y tranquilas aguas del *Bahira*, y enfrente, sobre las blancas casas de Rhadez, se alzaban las pintorescas cumbres del *Bou-Kernün*, cuyas faldas estaban cubiertas de preciosos panteones, que guardan las cenizas de los mahometanos ricos.

CAPITULO X.

Un santo musulmán.—*Marabut y Marleoth*.—El mausoleo.—Un dibujo de miss Débora.—¡Estaba escrito!—Una mora principal.—Gimnástica religiosa.—El santo especialista.—*Sidi Fatalah*.—La mujer árabe.—Gomez celoso.

La idea de Meneses se había logrado por completo; en cuanto salieron de la fonda, como él era único que sabía el idioma del país, asumió el papel de guía y de director en jefe del paseo, volviendo á ocupar el primer lugar y á tomar la palabra para responder á una porción de pregunta

que le hacia miss Débora, quien una vez en el campo abandonó el brazo de su padre para marchar al lado del jóven, de cuya conversacion gustaba.

Detrás de ella marchaban Gomez cabizbajo y triste, al ver que ya apenas hacia caso de él, y mister Cugnigan, siempre tieso, grave, frio, silencioso. Aquel hombre de mármol, mudo como una estatua, parecia mirar sin que los objetos exteriores se grabáran en su retina, y su modo de andar era lento, rígido, acompasado, como si fuera producido por la ruedas de una máquina.

Aburrido Gomez de ver que habian fracasado cuantas tentativas habia hecho para travar conversacion con aquel autómeta y celoso al ver la larga conversacion que su amigo sostenia con la inglesa, abandonó á su silencioso compañero cuando hubieron dejado atrás, las últimas casas de Radez, y se acercó á los dos jóvenes, poniéndose á escuchar á Meneses, que en aquel instante tenia la palabra.

—Puesto que como yo, sois católica,—decia prosiguiendo la conversacion empezada,—debo daros explicaciones sobre la palabra santo que he empleado al hablar de un musulman, y con el sólo objeto de haceros comprender que se trataba de una persona que aquí estaba reputada como tal, aunque realmente debí emplear la palabra *Marabut*, derivada de la árabe *marleoth*, que quiere decir ligar.

—Calla, pues tiene casi el mismo origen que la palabra religioso que viene del *religare* latino.

—Exactamente, y tal vez esta analogía que habeis hecho notar obedeció á la idea de buscar una palabra que expresara por sí sola el género de vida austero y ligado exclusivamente al culto de Dios que adoptaron los *Marabuts* entre los musulmanes, y los religiosos entre los cristianos.

Marabut, pues, quiere decir lo mismo que religioso ermitaño, y se aplica tambien á esos pequeños edificios cuadrados, de redondo ángulo, que veis esparcidos por la vega y la montaña, y que en un tiempo fueron la morada del que hoy descansa para siempre bajo su protectora sombra.

—¿De modo que el mismo nombre llevan el ermitaño y su sepulcro?—preguntó Gomez.

—Entre el pueblo, sí; pero su verdadero nombre es *Rubach*, que significa mausoleo.

Estos sepulcros, santones ó *Marabuts*, como querais llamarlos, se extienden por todos los campos, sirven de lugar de descanso al viajero y hasta en las inmensas profundidades del desierto marcan á las caravanas el fin de sus fatigosas etapas.

No siempre el *Marabut* ha sido un santo en toda la significacion que nosotros damos á la palabra, porque para esto no se necesita mucho en Africa, donde hay santos de muchas clases.

Los hay que lo son porque sus padres lo fueron, porque la santidad es hereditaria en Africa.

Los hay porque son bastante pillos para engañar á los demás fingiéndose inspirados por el Señor, dando amuletos, curando enfermedades y haciendo una porcion de milagros que les proporcionan una buena vida y para sus hijos la consideracion de santos que tan hábilmente supieron adquirir.

Y, por último, hay santos que tal vez no han existido jamás, pero cuyos sepulcros veneran los buenos musulmanes.

—¿El que vamos á ver á cuál de las tres categorías pertenece?—preguntó miss Débora.

—A la segunda.

—¿Vive aún?

—Ya pertenece á la historia, pero su sepulcro conserva aun su prestigio, y es tal vez el *marabut* más frecuentado de estas comarcas.

Allí está; veis aquel edificio blanco como la nieve, cubierto por una cúpula histriada lleno de arabescos, que se destaca al lado de una gran peña sobre el verde fondo de un grupo de higueras.

—Sí.

—Pues ese es *Sidi Fatalah*.

—Es precioso; no quiero pasar adelante sin tomar un apunte de él,—dijo miss Débora, sacando de su cartera de viaje un lindo álbum.

—Venid á esta colina, nos sentaremos allí y tal vez mientras dibujais lleguen algunos peregrinos á visitar al santo.

Un momento despues la jóven y sus tres compañeros estaban sentados en una colina ce cana, á la sombra de un espeso seto de nopales.

Miss Débora dibujaba el espléndido paisaje que tenia delante; las onduladas faldas de la montaña, el precioso *marabut*, las gigantescas piedras que lo rodean, cuyos rojos y calientes tonos destacaban sobre el oscuro verde de las higueras, y más allá el anchuroso lago, una línea ténue azulada, dulce, que indicaba el sitio que estaba la goleta, y las lejanas montañas que cierran la bahía.

A su lado, Gomez y Meneses viéndola dibujar, y mister Cugnigan sentado sobre un peñasco, fumando silenciosamente y ageno como siempre á cuanto sucedia en torno suyo.

Mientras su lápiz corria por el papel reproduciendo los objetos que tenia delante, miss Débora preguntaba á Meneses.

—¿Cómo es que los árabes pueden respetar á esos impostores que quieren hacerse pasar por santos? ¿Cómo no conocen sus falsedades?

—El fanatismo, señorita, será siempre explotado por la hipocresía y los musulmanes no pueden eludir esta regla general.

—Es cierto, pero los que hereden la santidad de sus padres no siempre podrán imponerse los sacrificios, las privaciones que sufre necesariamente el hipócrita para sostener su papel; siendo santos por derecho propio no cuidarán tanto de sus acciones como si tuvieran que adquirir la santidad.

—Así sucede muchas veces, pero esto no les priva del prestigio de que goza su nombre, porque el fanatismo musulmán explica todo con ayuda de una sola frase:

„Estaba escrito.“

Esto es bastante para disculpar las acciones del santo y conservar el respeto que su mala conducta debía enagenarle.

Aun hablaba Meneses, cuando un coche arrastrado por un par de mulas se detuvo delante del *Marabut*.

Un mozo armado de un enorme sable abandonó el sitio que ocupaba en el pescante al lado del cochero y corrió á abrir la portezuela, ofreciendo su hombro para que bajara apoyada en él una mujer envuelta de los pies á la cabeza en un fino albornoz de seda.

En pos de la señora, que parecía ser rica y principal, salieron dos esclavas negras y todas tres entraron en el *Marabut*, á cuya puerta quedó de centinela el hombre del sable.

—¿Esa, sin duda, será una devota de *Sidi Fatah*?—preguntó miss Débora.

—Así parece, y si no me engaño, pronto veremos cosas que han de llamar en extremo vuestra atención.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

Tratado de derecho civil germánico ó alemán considerado en sí mismo y en sus relaciones con la legislación francesa, por Ernesto Lehr. Traducido libremente y adicionado en la parte española por D. Domingo Alcalde Prieto, doctor y catedrático de Derecho.—Un tomo en 4.º de 684 páginas. Madrid, 1878, imp. de Fortanet.

El libro que con este título acaba de dar á luz la casa editorial de D. Leocadio Lopez, es una obra interesante y de notoria oportunidad, cuya publicación está completamente dentro del movimiento histórico y científico que presenciemos; responde al elevado fin de propagar en nuestra patria importantes legislaciones extranjeras, comparadas con la propia, y acusa como principal aspiración en el ilustrado profesor Sr. Alcalde Prieto, al darla á conocer en España, la de popularizar una clase de estudios jurídicos muy poco cultivados, aprovechando esta circunstancia en cada una de las instituciones que comprende para demostrar la urgente nece-

sidad de su reforma en nuestro Derecho, y como consecuencia, la no ménos imperiosa de la codificación completa del Derecho privado español.

Se vende al precio de 10 pesetas.

* * *

Un país fabuloso. Estudio de actualidad y remedio contra el mal humor, por M. Ossorio y Bernard. Un folleto en 8.º de 54 páginas. Madrid, 1878, imprenta Central.—Se vende al precio de cuatro reales en las principales librerías.

* * *

La religion de los celtas españoles, por D. Joaquin Costa. Un folleto en 4.º mayor, de 16 páginas. Tirada de cincuenta ejemplares. Huesca, imprenta de Castanera.

* * *

Diccionario de los diversos nombres vulgares de muchas plantas usuales ó notables del antiguo y nuevo mundo, con la correspondencia científica y la indicación abreviada de los usos é igualmente de la familia á que pertenece cada planta.—Complemento del curso de botánica, por D. Miguel Colmeiro, decano de la facultad de ciencias, director del Jardín Botánico de Madrid.

El objeto de este libro es facilitar el conocimiento del nombre científico y familia de cualquiera planta usual, dado su nombre vulgar, economizando así tiempo y trabajo, sobre todo á quienes carezcan de los suficientes auxilios para resolver inmediatamente cuestiones de este género. Aunque limitado á las plantas usuales, comprende una numerosa colección de especies, tanto indígenas como exóticas, y entre ellas, particularmente las americanas más interesantes. Completan el libro curiosas noticias acerca de las plantas antiguamente conocidas, cuyos nombres vulgares proceden del idioma árabe, resultando ser número bastante considerable, tanto el de las especies, como el de las variedades así denominadas, y perteneciendo estas principalmente al dominio de la agricultura española.

Se halla de venta al precio de cinco pesetas en el despacho de la Compañía de libreros.

* * *

Querer es poder. Novela original, escrita por María del Pilar Sinués. Un volumen en 8.º de 246 páginas. Constituye el 4.º tomo de la colección que publica en Barcelona el editor D. Salvador Manero, de las obras de la señora Sinués, en edición ilustrada, y como los anteriores, se halla de venta en las principales librerías de España y América, al precio de dos pesetas.